

UNA APROXIMACIÓN A LA ACCIÓN HUMANITARIA DE LA SANTA SEDE DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, A PARTIR DE FUENTES PUBLICADAS

MARÍA EUGENIA OSSANDÓN

SUMARIO: I. *La acción humanitaria durante la Gran Guerra*: 1. Necesidad de la acción humanitaria. 2. Países neutrales y organizaciones humanitarias. II. *La acción humanitaria de la Santa Sede*: 1. Nivel diplomático. El papa y sus colaboradores. 2. Nivel asistencial. 3. Estructuras de asistencia y colaboración. Una red de oficinas. 4. Los beneficiados de la acción diplomática y asistencial de la Santa Sede. 5. Dificultades, límites y fracasos. Los prisioneros italianos. III. *A modo de conclusión*.

GIACOMO DELLA CHIESA, genovés nacido el 21 de noviembre de 1854, fue elegido romano pontífice el 3 de septiembre de 1914, tomando el nombre de Benedicto XV. Murió el 22 de enero de 1922.¹

La Gran Guerra de 1914 – a la que se sumó Italia en mayo del año siguiente – acentuó las dificultades de trabajo de la curia romana, derivadas de la precaria situación de la Santa Sede ante el gobierno italiano, después de la pérdida de los Estados Pontificios: alejamiento de Italia de los diplomáticos de los Imperios Centrales acreditados ante el Vaticano, enrolamiento militar de eclesiásticos, censura postal, etc. Además, la Santa Sede se encontraba casi aislada diplomáticamente, porque mantenía relaciones oficiales con pocos países.²

En este contexto, Benedicto XV impulsó una amplia acción diplomática y

¹ Respecto a los datos biográficos fundamentales, cfr. F. VISTALLI, *Benedetto XV*, Tipografia Poliglotta Vaticana, Roma 1928; F. HAYWARD, *Un pape méconnu, Benoît XV*, Casterman, Tournai 1955; G. MIGLIORI, *Benedetto XV*, G. Daverio, Milano 1955; J.F. POLLARD, *Il Papa sconosciuto. Benedetto XV (1914-1922) e la ricerca della pace*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano) 2001; A. SCOTTÀ, *Giacomo Della Chiesa arcivescovo di Bologna (1908-1914). L'«ottimo noviziato» episcopale di papa Benedetto XV*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2003; M. DOLDI, *Benedetto XV. Un papa da conoscere e da amare*, Portalupi, Casale Monferrato 2004; J.E. SCHENK SANCHIS, V. CÁRCEL ORTÍ, *Benedetto XV papa de la paz*, Edicep, Valencia 2005 (Cárcel Ortí publica los capítulos de Schenk Sanchis sobre Benedicto XV de la versión española de A. FLICHE, V. MARTIN et alii [dir.], *Historia de la Iglesia*, Edicep, Valencia 1979). En relación al pontificado de Benedicto XV, cfr. G. CAMPANINI, *La cultura cattolica negli anni di Benedetto XV. Dalla crisi del positivismo alla filosofia dei valori*, en A. FLICHE, V. MARTIN et alii (dir.), *Storia della Chiesa*, vol. XXII/2, Paoline, Cinisello Balsamo (Milano) 1990, 317-331; A. MONTICONE, *Il pontificato di Benedetto XV*, en *ibidem*, vol. XXII/1, 155-200; G. REDONDO, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, II, Eunsa, Pamplona 1979.

² Austria-Hungría, Prusia, Baviera, España, Mónaco, Bélgica, Serbia, Brasil, Perú, Colombia, Argentina, Bolivia, Chile, Honduras, Costa Rica y República Dominicana.

asistencial dirigida a aliviar los sufrimientos que estaba causando el conflicto. El papa Della Chiesa en todas sus intervenciones deploró la guerra, sin hacer nunca una consideración sobre la justicia o la injusticia de entrar en armas, lo que atrajo en su contra la opinión pública de distintos países. Su actitud ante los gobiernos fue la de imparcialidad o de neutralidad (entendida como no abanderamiento por ninguno de los bloques de aliados), ya que había fieles católicos en ambos grupos beligerantes.¹ Esa imparcialidad no fue desinterés sino la actitud que le permitiría trabajar por la paz y por aliviar los sufrimientos de las víctimas.²

I. LA ACCIÓN HUMANITARIA DURANTE LA GRAN GUERRA

1. Necesidad de la acción humanitaria

Desde la segunda mitad del siglo XIX las potencias europeas habían firmado una serie de acuerdos para proteger a sus hombres durante los conflictos. Al momento de estallar la Gran Guerra, en julio de 1914, los principales acuerdos internacionales vigentes eran la convención de Ginebra sobre la suerte de los heridos y enfermos de los ejércitos en campaña (6 de julio de 1906) y las convenciones de La Haya sobre leyes y costumbres en guerra terrestre y marítima (18 de octubre de 1907).³ Esta legislación se preparó según la experiencia del momento y ahora sabemos que la realidad de la Primera Guerra Mundial superó toda expectativa.

¹ En la guerra estaban comprometidos los dos tercios de los católicos de la época: 124 millones en el bloque de la Entente y 64 millones en el de los Imperios Centrales, cfr. K. REPGEN, *La politica estera dei Papi nel periodo delle guerre mondiali*, en H. JEDIN (dir.), *Storia della Chiesa*, x/1, Jaca Book, Milano 1980, 40.

² El papa explicó su política e imparcialidad respecto a los gobiernos de los países beligerantes especialmente en la alocución *Convocare vos* del 22 de enero de 1915 (AAS 7 [1915] 33-36). Como destacaba el card. secretario de estado, Pietro Gasparri, la Santa Sede no confundía los pueblos con los gobiernos, por eso se mantuvo fuera de abanderamientos, cfr. C. CALISSE, *Il cardinale Pietro Gasparri*, «Nuova Antologia» 365 (1933) 228. Algunos de los estudios recientes sobre la Santa Sede y las relaciones con diversos estados durante la Primera Guerra Mundial: J. DE VOLDER, *Benoît XV et la Belgique durant la Grande Guerre*, Institut Historique Belge du Rome, Bruxelles-Rome 1996; G. LA BELLA, *Santa Sede e questione irlandese 1916-1922*, Società Editrice Internazionale, Torino 1996; F. LATOUR, *La papauté et les problèmes de la paix pendant la première guerre mondiale*, L'Harmattan, Paris 1996; R. MOROZZO DELLA ROCCA, *Benedetto XV e il nazionalismo*, «Cristianesimo nella Storia» 17 (1996) 541-566; S. TRINCHESE, *I tentativi di pace della Germania e della Santa Sede nella I Guerra Mondiale: L'attività del deputato Erzberger e del diplomatico Pacelli (1916-1918)*, «Archivum Historiae Pontificiae» 35 (1997) 225-255; A. GIOVAGNOLI (a cura di), *Roma e Pechino. La svolta extraeuropea di Benedetto XV*, Studium, Roma 1999; J.-M. TICCHI, *Aux frontières de la paix. Bons offices, médiations, arbitrages du Saint-Siège (1878-1922)*, École Française de Rome, Roma 2002; A. CANAVERO, *I papi e la pace nel xx secolo*, en A. GIOVAGNOLI (a cura di), *Pacem in terris. Tra azione diplomatica e guerra globale*, Guerini, Milano 2003, 41-61; N. RENOTON-BEINE, *La colombe et les tranchées. Les tentatives de paix de Benoît XV durant la Grande Guerre*, Cerf, Paris 2004; R. MOROZZO DELLA ROCCA, *Benedetto XV e la sacralizzazione della prima guerra mondiale*, en M. FRANZINELLI, R. BOTTONI (a cura di), *Chiesa e guerra. Dalle "benedizione delle armi" alla "Pacem in terris"*, Il Mulino, Bologna 2005, 165-181.

³ Cfr. A. MARESCA, *La protezione internazionale dei combattenti e dei civili. Le Convenzioni di Ginevra del 12 agosto 1949*, Giuffrè, Milano 1965, 6; F. BUGNION, *Le Comité International de la Croix-Rouge et la protection des victimes de la guerre*, Comité International de la Croix-Rouge, Genève 1994, 90.

Una cláusula establecía que esas obligaciones asumidas por los estados desaparecerían si en la guerra intervenía una potencia no contratante; sin embargo, de hecho se fue imponiendo a lo largo del conflicto de 1914 la obligatoriedad del acuerdo.¹ En esta reglamentación no se preveía ninguna medida de control y, por este motivo, cada país hacía una lectura propia de las convenciones al aplicar las normas a sus circunstancias y denunciaba su no cumplimiento por parte del enemigo.²

El enfrentamiento europeo se convirtió rápidamente en una masacre de hombres, con miles de muertos que enterrar, un sinnúmero de heridos que atender y de enfermos que curar a causa de las insalubres condiciones de la trinchera. Durante la Gran Guerra murieron más de 8 millones de soldados.³

El número de prisioneros superó todo cálculo.⁴ Para custodiarlos no fueron suficientes las estructuras carcelarias previstas y cada país tuvo que improvisar e implementar construcciones rápidas – barracas que iban agrandándose según las necesidades – rodeadas de alambre de espino, además de utilizar cualquier otro edificio útil como cuarteles, conventos, fábricas, establos, castillos, etc.⁵ Los campos de prisioneros o de concentración se extendieron no sólo por Europa sino por todo el mundo a medida en que avanzaba la guerra; los había en los cinco continentes.⁶

Según los acuerdos internacionales, cada país debía dar a los prisioneros militares el trato que daba a su propio ejército acuartelado (rancho, disciplina, atención médica, etc.);⁷ lo que, evidentemente, era distinto en cada país. La

¹ Cfr. BUGNION, *Le Comité*, 90-91; O. ABBAL, *Les prisonniers de la Grande Guerre*, «Guerres mondiales et conflits contemporains» 147 (1987) 22.

² Entre los aportes de la historiografía francesa reciente sobre la Primera Guerra Mundial figuran los estudios sobre el nivel de violencia y barbarización que afectaba a toda la sociedad civil del momento (no sólo a los soldados en el frente), que ponía el acento en la violencia sufrida dejando en sombra la responsabilidad propia en el sufrimiento de los demás, cfr. A. GIBELLI, *Introduzione*, en S. AUDOIN-ROUZEAU, A. BECKER, *La violenza, la crociata, il lutto. La Grande Guerra e la storia del Novecento*, Einaudi, Torino 2002, xiv-xvi.

³ La cifra final de muertos en combate y a causa de heridas recibidas en el frente asciende a, por lo menos, 8.626.000 soldados, cfr. M. GILBERT, *La primera guerra mundial*, La esfera de los libros, Madrid 2004, 698-699; S. ROBSON, *La prima guerra mondiale*, Il Mulino, Bologna 2002, 147.

⁴ El número total de prisioneros durante la guerra fue de 8.510.000; la Entente tenía 3.946.000 y los Imperios Centrales 4.564.000. Cfr. G. PROCACCI, *Soldati e prigionieri italiani nella Grande Guerra. Con una raccolta di lettere inedite*, Bollati Boringhieri, Torino 2000, 171.

⁵ Cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 9-10; PROCACCI, *Soldati*, 178, 257.

⁶ El término “campo de concentración” no debe asociarse a los campos de exterminio nazis – que tampoco era el único sistema de encarcelamiento –, porque en la Primera Guerra Mundial son simplemente inmensos recintos carcelarios para prisioneros reunidos en masa. Cfr. A. WIEVORKA, *L'expression “camp de concentration” au vingtième siècle*, en «Vingtième siècle» 54 (1997) 4-8; A.J. KAMINSKI, *I campi di concentramento dal 1896 a oggi. Storia, funzioni, tipologia*, Bollati Boringhieri, Torino 1998, 43-44. Sobre la distribución geográfica de los campos, cfr. mapa de prisioneros e internados en el mundo, fuera de Europa, en «Nouvelles del'Agence internationale des prisonniers de guerre» (17 de febrero 1917) 52-53.

⁷ A los oficiales se debía dar el sueldo correspondiente a su grado; todos los prisioneros debían recibir la atención religiosa y eclesiástica correspondiente a su credo, en lo posible en su lengua materna; el personal sanitario no debía ser tratado como prisionero de guerra y debía recibir el sueldo según grado. Estas indicaciones tomadas de los acuerdos de La Haya fueron recordadas en

mayor dificultad que se presentó a cada gobierno fue la de dar alimentación, abrigo, techo y atención médica a los cientos de miles de prisioneros que custodiaba. Particularmente dramática, en Europa, fue la situación de los reclusos en Alemania y en Austria-Hungría, países que sufrían el bloqueo alimenticio desde noviembre de 1914: si era difícil abastecer la población propia, más aún los campos de prisión.¹ Por otra parte, aunque en algún país no hubiese problema de abastecimiento, el diferente hábito alimenticio de los cautivos agravaba psicológicamente su situación.²

La organización e implementación de los campos de prisioneros variaba de un sitio a otro, también dentro de un mismo país.³ Solía haber recintos para oficiales y otros para soldados, o bien ambas categorías ocupaban zonas distintas de un único campo.

Algunos campos reservados a oficiales estaban dotados de zona verde y espacios para hacer deporte, barracas para uso de biblioteca o de música y espectáculos. Podían tener una capilla para cada una de las diferentes confesiones cristianas representadas por los prisioneros; en algunos se hizo construir una mezquita a petición de los musulmanes.⁴ Los oficiales dormían en camas, en habitaciones compartidas con otros según el grado, podían disponer de mesas, sillas y a veces de lavamanos.

Los recintos para soldados, en cambio, no gozaban de la misma confortabilidad. Externamente eran semejantes y estaban correctamente instalados desde el punto de vista sanitario, con medidas de desinfección. Pero los soldados dormían en barracones, sobre tierra o paja, a veces sin el suficiente abrigo. El régimen de vida estaba regulado militarmente.

Había campos para prisioneros de determinada nacionalidad, pero no era raro que hubiera oficiales o soldados – siempre separados para evitar problemas de disciplina – de diferentes nacionalidades.

una circular del presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja a los presidentes de los comités centrales en cada país, el 15 de enero de 1915, publicada en «Bulletin international des Sociétés de la Croix-Rouge» 46 (1915) 5-8.

¹ Alemania era el país que tenía más prisioneros de guerra porque combatía en dos frentes. La falta de alimentación causó estragos en el ejército austrohúngaro, vencido en 1918 por los italianos porque no fue capaz de ofrecer resistencia. Al respecto, cfr. N. TRANFAGLIA, *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Utet, Torino 1995, 128.

² Todos los países se quejaban del mal trato en la alimentación y cada estado procuró – en diversa medida – mitigar esta calamidad. Sobre la importancia de los hábitos alimenticios en la configuración de la vida personal y colectiva, cfr. J. CRUZ, *Alimentación y cultura. Antropología de la conducta alimentaria*, Eunsa, Pamplona 1991, 9-30, 263-294.

³ Sobre el tema, cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 7-10; A. BECKER, *Oubliés de la Grande Guerre. Humanitaire et culture de guerre 1914-1918. Populations occupées, déportés civils, prisonniers de guerre*, Noësis, Paris 1998, 93-97; PROCACCI, *Soldati*, 261-266. Salvo el primero que trata el argumento con perspectiva mundial, los otros dos títulos tratan de la prisión en Alemania y Austria-Hungría.

⁴ El campo de prisioneros en Cassel (Niederzwehren, Alemania) tenía una iglesia católica, una anglicana, una ortodoxa-rusa y una mezquita, cfr. «Nouvelles» 13 (15 de abril de 1916) 100. En Zossen, en el centro del campo de prisioneros, se levantó una mezquita; también en Theresienstadt, cfr. GILBERT, *La primera guerra mundial*, 182, 548.

Esta mínima sistematización de los campos duró los primeros años. Debido al aumento de prisioneros a través de capturas masivas de tropas, los recintos de internación se saturaron, con el deterioro de las condiciones materiales de vida que eso implicaba.¹

Rápidamente los países hicieron trabajar a los soldados prisioneros pese a contravenir una de las convenciones internacionales.² El tener un contingente de hombres “inútiles”, a los que además había que mantener, llevó a los diferentes estados a definir trabajos en los que pudiesen emplear a los prisioneros. La necesidad de mano de obra era grave, había que remplazar la fuerza humana ocupada en el frente ya sea en la construcción y reparación de caminos y vías férreas, como en tareas agrícolas, en minas y en fábricas.³ Para el prisionero podía ser una distracción o una sana ocupación – como hacían notar algunos delegados de la Cruz Roja en sus informes⁴ – pero para muchos pesaba como traición, porque era trabajar contra su patria o en favor del enemigo.⁵ Las condiciones en las que éstos se encontraban variaban según la empresa u ocupación: los que permanecían en campos de prisión estaban mejor alimentados, los que trabajaban en minas lo hacían en condiciones deplorables. En principio, todas estas tareas eran remuneradas. Las zonas donde los prisioneros eran empleados estaban bajo vigilancia militar y eran llamadas “campos de trabajo”.⁶

Las principales pruebas o sufrimientos a los que estaban sometidos los prisioneros de guerra, además de la falta de libertad y de las exigencias en los campos de trabajo, eran el hambre y las enfermedades (principalmente el tifus exantemático y la tuberculosis) que causaban estragos. La duración misma del cautiverio dio origen a un tipo de psicosis propia del encierro.⁷

¹ En agosto de 1915, Alemania ya tenía poco más de un millón de prisioneros en sus campos, la mayoría rusos. Cfr. GILBERT, *La primera guerra mundial*, 256 y 712, nota 4. La derrota de Caporetto en octubre de 1917 y la llegada de miles de hombres marcó la diferencia en los campos de prisión austriacos; los principales afectados fueron los soldados. Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 262, 266.

² Los oficiales estaban exentos, a los suboficiales se les daba esa opción, cfr. PROCACCI, *Soldati*, 265.

³ Francia e Inglaterra ocupaban mano de obra de las colonias y también de prisioneros. Por ejemplo, Francia pidió prisioneros a Italia, que cedió 16.000 austriacos; cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 11. Alemania no contaba con mano de obra de las colonias. En la Rusia zarista los prisioneros de guerra llegaron a constituir el 50% de los efectivos de algunas empresas; cfr. BECKER, *Oubliés*, 111-113.

⁴ Cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 11.

⁵ Para evitar ser acusados de traición, al terminar la prisión algunos pidieron un certificado de trabajos forzados. Cfr. BECKER, *Oubliés*, 113-116.

⁶ Los campos de trabajo presentan un problema metodológico para la investigación, porque ahí no llegaron los delegados de los países neutrales o de la Cruz Roja. No se conocía exactamente la cifra aún cuando se sabía que eran más numerosos que los campos de prisioneros. Tampoco era fácil hacer llegar la correspondencia o los paquetes que estaban dirigidos a los prisioneros que estaban empleados porque sus señas podían cambiar o eran vagas (por ejemplo los que realizaban tareas en zonas agrícolas). Cfr. BECKER, *Oubliés*, 111-116; ABBAL, *Les prisonniers*, 11.

⁷ *Psychasthénie, psychose du fils barbelé o psychose de la palissade* en ámbito francés. Ya se había calculado que después de un año y medio de prisión la conducta del prisionero pasaba a ser melancólica pudiendo terminar en neurastenia, locura o suicidio. Cfr. BECKER, *Oubliés*, 97-98, 143-145; ABBAL, *Les prisonniers*, 13.

La guerra no afectó sólo a los hombres en armas sino también a los civiles. Los ataques aéreos a ciudades, simplemente por causar daño, se fueron generalizando en la medida en que se fueron perfeccionando las armas en los zeplines y aviones, en uno y otro bando.

Muchos civiles – hombres y mujeres, desde niños a ancianos – fueron puestos bajo vigilancia policial o detenidos, simplemente por ser ciudadanos de país enemigo, en Europa, en las colonias y en los demás países asociados a la guerra. Se trataba una detención administrativa, sin mediar un juicio, que se cumplía en un recinto bajo régimen de vida militar, a veces en circunstancias de promiscuidad, con dificultades de alimentación y sufriendo los mismos problemas que los prisioneros militares. Los campos de internación de civiles se multiplicaron, aunque no era infrecuente encontrarlos recluidos junto con los demás prisioneros militares.

Los habitantes de tierras invadidas corrieron diversa suerte. Algunos pudieron salir. Los que permanecieron en la ciudad no tenían libertad de movimiento y estaban incomunicados con las otras zonas libres del país; estaban prisioneros en su territorio, donde a veces eran tratados como rehenes. Muchos fueron detenidos, llevados a campos de prisión, o fueron deportados y conducidos a campos de trabajo. En algunos casos su cautiverio se alargó por años, durante toda la guerra.¹

Los gobiernos de los países beligerantes crearon departamentos de prisioneros de guerra – dependientes del ministerio de guerra – para buscar información.² La preocupación de los gobiernos era mantenerse recíprocamente informados, porque las malas noticias – una epidemia de tifus por ejemplo – alarmaban la población. De esta necesidad surgieron las visitas de delegados de la Cruz Roja y de países neutrales a los campos de prisión.

Cuanto se ha dicho de la vigencia de los acuerdos internacionales, en la práctica justificó una política de reciprocidad. Durante los primeros años de la guerra una escalada de represalias afectó primero a heridos, enfermos y médicos y, más tarde a los prisioneros y a la población civil. En 1917 Alemania respondía al bloqueo de alimentos con una guerra submarina total atacando naves hospitales

¹ Había 100.000 prisioneros civiles belgas y franceses en Alemania; 100.000 alemanes en Rusia; los serbios en Austria-Hungría y Bulgaria eran un poco más numerosos. Los habitantes de Galitzia (Polonia) fueron tratados duramente; los judíos en Turquía, Rusia, Polonia y Lituania fueron “chivos expiatorios”. Peor aún fue la situación del pueblo armenio, masacrado por los turcos. Cfr. BECKER, *Oubliés*, 53-56, 232-233; GILBERT, *La primera guerra mundial*, 157, 195, 199-200, 230-231, 244, 553. Los civiles en las colonias corrieron la misma suerte.

² La primera información provenía del ejército, donde se confeccionaban las listas – en la medida de lo posible – de los muertos y de los prisioneros después de cada batalla. Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia asumieron completamente la preocupación por los nacionales en cautiverio. Rusos, belgas, rumanos, montenegrinos, polacos y serbios prisioneros se vieron beneficiados también por sus respectivos gobiernos. En Italia, en cambio, el gobierno delegó en la Cruz Roja italiana lo que se refería a los prisioneros de guerra italianos en países enemigos mientras que el ministerio de guerra, a través del departamento de prisioneros se encargaba sólo de los prisioneros enemigos internados en Italia. Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 179-180, 182, 187.

porque no sólo llevaban heridos sino también municiones. Gran Bretaña entonces bombardeaba hospitales y Francia embarcaba oficiales militares en naves hospitales. El Imperio Germánico, luego, enviaba los prisioneros británicos a los campos de retaguardia donde eran frecuentes los bombardeos... Si llegaba la noticia de que en un campo los prisioneros estaban mal alimentados y sufrían maltrato, se respondía con la disminución de ración, supresión de tabaco, reducción de correspondencia, castigos corporales para los prisioneros de la correspondiente nacionalidad enemiga. Los desacuerdos entre Francia y Alemania sobre Alsacia-Lorena significaron la toma de cientos de civiles como rehenes que eran trasladados a campos de prisión en Rusia o en territorio germánico.¹

Lo peor, para todos, era que la situación se alargaba indefinidamente.

2. Países neutrales y organizaciones humanitarias

Los llamados países neutrales eran los que no intervenían en la guerra empuñando armas. Pero la neutralidad de éstos fue diversa de la posición supranacional que tomó la Santa Sede o el Comité Internacional de la Cruz Roja. Cada país beligerante buscaba convencer a los que aún no se habían abanderado, de la legitimidad de la causa por la que combatían. Los entonces llamados neutrales no se mantuvieron al margen de la guerra, sino que ejercieron de potencias protectoras, es decir, defendieron los intereses de una de las potencias beligerantes que les confiaba esta tarea.²

En todo caso, los países no combatientes desempeñaron un rol más o menos importante en la actividad humanitaria durante este periodo. España, Dinamarca, Suecia y Estados Unidos (hasta el momento de su incorporación a la guerra) gozaron de la prerrogativa de visitar los campos de prisión como protectores de una potencia beligerante. El rey de España fue uno de los destinatarios más frecuentes de cartas de familias que pedían su intervención para saber datos sobre los enviados al frente o eran recluidos.³ Suiza y – en menor medida – Holanda, Dinamarca y España, acogieron militares enfermos y heridos para atenderlos fuera de los campos de prisión y realizaron negociaciones diplomáticas relacionadas con las iniciativas asistenciales.⁴

Suiza, por su ubicación entre las principales potencias enemigas y por su condición de neutral, tuvo una posición privilegiada para favorecer la acción huma-

¹ Cfr. BECKER, *Oubliés*, 83-86, 116-125, 284-286.

² En 1914 los Estados Unidos protegían los intereses británicos en Alemania y Austria-Hungría así como los de estas potencias en el imperio británico; España protegía los intereses de Francia en los Imperios Centrales. En 1917 Suiza asumió los mandatos de protección que tenían los diplomáticos estadounidenses. Cfr. BUGNION, *Le Comité*, 96, nota 18.

³ Cfr. BECKER, *Oubliés*, 164. Sobre la acción humanitaria de los reyes de España, cfr. SCHENK SANCHIS, CÁRCEL ORTÍ, *Benedicto XV*, 110-112.

⁴ Cfr. «Nouvelles» 41 (28 de octubre de 1916) 320; 15 (14 de abril de 1917) 117; G. QUIRICO, *Il Vaticano e la guerra, iniziative diplomatiche umanitarie di indole generale del Santo Padre Benedetto XV*, Luigi Buf-fetti, Roma 1921, 168, 473, 476-478; *L'opera della Santa Sede nella guerra europea. Raccolta di documenti (agosto 1914-luglio 1916)*, Tipografia Poliglotta Vaticana, Roma 1916, 112.

nitaria y diplomática durante la guerra. En pocos meses se llenó de representantes de gobierno y de oficinas de información y de socorro.¹

El gobierno federal suizo colaboró activamente en la tarea desarrollada tanto por la Santa Sede como por el Comité Internacional de la Cruz Roja.² En su territorio fueron internados enfermos y heridos no graves que, una vez recuperados debían volver al campo del que provenían. Debían pasar por ese país neutro, antes de llegar a Alemania o a Francia, los prisioneros de guerra inhábiles para el servicio militar que fueron beneficiados por acuerdos de intercambio; los civiles que vivían en zonas ocupadas y los prisioneros padres de familia numerosa que eran repatriados gracias a nuevos acuerdos entre las potencias. Ciertamente los gastos de hospitalización en Suiza serían reembolsados por cada gobierno cuyos ciudadanos eran atendidos, pero el personal y las instalaciones sanitarias eran suizas. La Confederación Helvética, por lo demás, debía asegurarse una mayor importación de alimentos para poder atender a los internados.

Apenas estallada la guerra, el 27 de agosto de 1914, el Comité Internacional de la Cruz Roja creó la Agencia Internacional de Prisioneros de Guerra a la que adhirieron todos los países beligerantes.³ Al poco tiempo, en ella se creó una sección para los prisioneros civiles – extendiendo así el campo de acción del Comité Internacional – que, sin embargo, no gozaba del mismo reconocimiento internacional.⁴ La Agencia tenía también una sección de repatriación e internación, que atendía las peticiones que venían de las familias o de los prisioneros.⁵ Algunas sociedades nacionales de la Cruz Roja nacieron durante la guerra, asociadas al Comité Internacional de Ginebra.⁶

Las tareas del Comité Internacional de la Cruz Roja, a través de la Agencia Internacional, se resumían en tres grandes áreas: información, esfuerzos por mejorar la situación de los prisioneros e intervención diplomática a nombre de

¹ En diciembre de 1916 la Agencia Internacional de la Cruz Roja publicaba una lista de más de doscientas obras creadas en Ginebra, oficinas de asistencia o de información, que se ocupaban de las víctimas de la guerra. En ese conjunto no estaban incluidas las asociaciones políticas, filantrópicas, religiosas y de otro tipo que, además de su objetivo principal, se ocupaban de las víctimas de la guerra, cfr. «Nouvelles» 6 (10 de febrero de 1917) 41. Una segunda lista – aún incompleta – publicada en febrero de 1917, recogía los comités centrales de entidades que tenían su sede en toda Suiza, dejando fuera las sucursales: sumaban 105. Cfr. *ibidem*, 42; la lista de las entidades aparece en «Nouvelles» 8 (24 de febrero de 1917) 57-62.

² La Cruz Roja había sido fundada en 1863 por el ginebrino Henry Dunant, para asistir a los heridos de guerra y buscar los acuerdos internacionales que garantizaran su labor. Como asociación privada de derecho suizo dependiente de las leyes de ese país, aprovechó la neutralidad política de la Confederación Helvética para desarrollar su labor de asistencia. En reconocimiento al estado federal suizo, la organización había adoptado como emblema la cruz helvética invirtiendo los colores: cruz roja en campo blanco. El signo estaba claramente relacionado con los principios cristianos, cfr. MARESCA, *La protezione*, 14-15. El lema de la Cruz Roja Internacional era *inter arma caritas*.

³ Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 176. El principal órgano informativo de la *Agence Internationale de Secours et Reinsegnement en Faveur des Prisonniers de Guerre* fue la revista semanal «Nouvelles del'Agence internationale des prisonniers de guerre». Esta agencia fue disuelta por el Comité Internacional el 31 de diciembre de 1919, cfr. BUGNION, *Le Comité*, 100.

⁴ Cfr. BUGNION, *Le Comité*, 94; BECKER, *Oubliés*, 229.

⁵ Cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 13.

⁶ Cfr. BUGNION, *Le Comité*, 89-90, 94, 96.

los acuerdos internacionales.

Representantes del Comité Internacional o bien de una sociedad nacional de la Cruz Roja, acompañados o precedidos por representantes de países neutrales, realizaron visitas a los campos a raíz de la petición de algunos países. El objetivo de esos viajes era conseguir información exacta de la situación de los prisioneros, asunto importante no sólo para dar consuelo a las familias sino para terminar con la política de represalias cuyo origen no siempre estaba bien fundado. Desde enero de 1915 a diciembre de 1919, 41 delegados efectuaron 524 visitas de las que se prepararon informes acompañados a veces de fotografías y mapas. Estas inspecciones no tenían base legal sino que se apoyaban en el acuerdo entre las partes. Gracias a ellas se pusieron en práctica medidas humanitarias negociadas entre los distintos gobiernos.¹

El Comité Internacional de la Cruz Roja trabajó también en la repatriación de los prisioneros una vez terminada la guerra.²

La experiencia de la Primera Guerra Mundial constituyó la base de la convención de Ginebra del 22 de julio de 1929, organizada por el Comité Internacional de la Cruz Roja. Los acuerdos trataron sobre la protección de los heridos y enfermos en una guerra terrestre y sobre el trato de los prisioneros de guerra. Estos pactos resultaron también insuficientes durante la Segunda Guerra Mundial.³

II. LA ACCIÓN HUMANITARIA DE LA SANTA SEDE

Benedicto XV, en su primer mensaje al mundo católico *Ubi primum*, se proponía poner todo cuanto estuviera de su parte para acelerar el fin de la guerra.⁴ En la alocución de Navidad de ese año, el papa añadió el objetivo de aliviar las consecuencias de la tragedia.⁵ En ese mensaje de saludo a los cardenales, el pontífice resumía las gestiones hechas y las que se estaban llevando a cabo: el fracasado intento de una tregua en Navidad, el intercambio de prisioneros inhábiles para

¹ Las 524 visitas corresponden a 54 misiones, concebidas como inspección e información. No fueron visitados todos los campos de prisioneros, pero sí muchos. Los países en los que se realizaron estas visitas fueron Alemania, Gran Bretaña, Francia, Algeria, Túnez, Marruecos, Austria-Hungría, Italia, Rusia (incluida Siberia), Turquía, Egipto, India, Birmania, Bulgaria, Grecia, Rumanía, Japón, Polonia, Serbia. Los delegados pudieron visitar unos pocos campos de trabajo, no así zonas de ocupación ni campos en zonas de fuego. Los informes de estas visitas se publicaron en 24 volúmenes entre 1915 y 1920 que fueron enviados a los suscriptores del «Bulletin International» y se vendían en librerías; los datos más relevantes se incluían en la revista «Nouvelles». Las visitas se preparaban con el estudio de las informaciones recabadas en los ministerios de guerra y del interior, y en la Cruz Roja nacional correspondiente, sobre reglamento del campo, número de prisioneros, etc. En el lugar se procuraba ver todas las instalaciones, informarse de la alimentación (menú, calorías, etc.) y conversar libremente con los prisioneros. Como las visitas eran anunciadas, en el campo se procuraba mejorar la limpieza, ornamentación, alimentación y vestimenta e incluso eran previstos los prisioneros que saldrían al encuentro del delegado. Cfr. BECKER, *Oubliés*, 188-198; BUGNION, *Le Comité*, 106-108; ABBAL, *Les prisonniers*, 7; PROCACCI, *Soldati*, 193, nota 47.

² Cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 14-15.

³ Cfr. MARESCA, *La protezione*, 6-7.

⁴ Cfr. exhortación *Ubi primum*, 8 de septiembre de 1914, AAS 6 (1914) 501.

⁵ Cfr. alocución *Di accogliere*, 24 de diciembre de 1914, AAS 6 (1914) 696.

el servicio militar, la atención de los cautivos por parte de sacerdotes que conocieran su lengua y que les ayudarían a escribir a sus familias. Poco más tarde, en el mensaje a los cardenales reunidos en consistorio, el 22 de enero de 1915, Benedicto XV repitió con más fuerza el objetivo de asistir a las víctimas de la guerra.¹

En mayo de 1915 Benedicto XV resumía el trabajo realizado en favor de los que sufren: había sido posible realizar un intercambio de prisioneros inhábiles al servicio militar entre los países beligerantes y en ese momento se estaban realizando gestiones para el intercambio de los reclusos heridos o enfermos no del todo inhábiles al ejército. Subrayando que los bienes más importantes eran los del alma, el papa informaba que se habían concedido amplias facultades a los capellanes militares – extendidas a todos los sacerdotes enrolados – para que a ningún soldado faltase los consuelos de la religión.²

Los esfuerzos diplomáticos de la Santa Sede para conseguir la paz llegaron a su punto culminante con la nota del 1 de agosto de 1917. En ésta el papa comenzaba recordando los objetivos de su pontificado sobre la guerra: imparcialidad ante los beligerantes; hacer el bien a cuantos más sea posible, sin hacer distinción de personas como indica la ley de la caridad universal y el supremo oficio espiritual al que ha sido llamado por Cristo; y no omitir nada cuanto estuviera de su parte para acelerar el final del conflicto.³ Ese año, en el saludo de Navidad donde solía presentar lo más destacado o un resumen del trabajo del año, Benedicto XV se limitó a tratar de la esperanza puesta en la nota y posterior desilusión; el final de la guerra vendrá, decía, cuando los hombres vuelvan a Dios.⁴

Después del fracaso de la nota de agosto de 1917, el papa, en lo que respecta a la guerra, se dedicó principalmente a la actividad asistencial y caritativa.⁵ Pero el pontífice no estaba solo. Movi6 a los cat6licos y especialmente a los que trabajaban junto a 6l en el Vaticano para conseguir este objetivo.

Las fuentes publicadas sobre la acci6n diplomática humanitaria de la Santa Sede suelen presentarla siguiendo un esquema que agrupa las obras de asistencia por temas y que podríamos resumir en las gestiones de la Santa Sede para conseguir la liberaci6n, el intercambio y la hospitalizaci6n de los prisioneros mi-

¹ Cfr. alocuci6n *Convocare vos*, AAS 7 (1915) 36.

² Cfr. *Era nostro proposito*, carta al card. decano Serafino Vannutelli, 25 de mayo de 1915, AAS 7 (1915) 254.

³ Cfr. exhortaci6n *D6s les d6but*, 1 de agosto 1917, AAS 9 (1917) 417.

⁴ Cfr. alocuci6n *A Lei, Signor Cardinale*, 24 de diciembre de 1917, en U. BELLOCCHI, *Tutte le encicliche e i principali documenti pontifici emanati dal 1740*, VIII, Lev, Citt6 del Vaticano 2000, 189-191.

⁵ Cfr. HAYWARD, *Un pape*, 146; G.M. PIZZUTI, *La grandezza di un pontefice misconosciuto: Benedetto XV, «Humanitas»* (Brescia) 46 (1991) 126. El 4 de octubre 1917 el papa se dirigi6 a los obispos de Toscana que le habían escrito con motivo de la reuni6n anual del episcopado. Les decía que perseveraba en su prop6sito de vencer el mal en el bien, abrazando las miserias de todos en Cristo. Cfr. carta *Omnem vestram*, 4 de octubre de 1917, AAS 9 (1917) 537-538. Meses despu6s comentaba a los obispos de Austria – que desde Viena le habían enviado una carta –, que seguiría trabajando con la esperanza puesta en Jesucristo, movido por raz6n de su oficio y no por encontrar aprobaci6n entre los hombres, a pesar de las dificultades que encontraba y de que la guerra continuase. Cfr. carta *Conspirantibus adversus*, 2 de febrero de 1918, AAS 10 (1918) 89-90.

litares y civiles; permitir la correspondencia epistolar entre las tierras invadidas y las zonas libres; obtener el reposo festivo de los prisioneros de guerra, treguas en los combates y seguridad en las tumbas de los soldados caídos en los Dardanelos; asegurar la atención religiosa de los prisioneros y de los que se encontraban en el frente; ayudar materialmente a los pueblos más necesitados.¹

No pretendemos aquí repetir en qué consistió esa actividad asistencial sino usar ese material para aproximarnos a la organización del trabajo pontificio: los niveles de acción de la Santa Sede (desde la relación con los gobiernos al trato directo con los prisioneros), los principales responsables de las gestiones, los beneficiados por ellas y cuáles fueron algunas de las dificultades que la Santa Sede encontró en la realización de esta tarea.

1. Nivel diplomático. El papa y sus colaboradores

Junto al papa Della Chiesa, en estrecha colaboración, estaba el cardenal secretario de estado, Pietro Gasparri.² Entre el papa y el secretario de estado había plena sintonía.³ Ambos trazaban las grandes líneas de acción de la Santa Sede, de acuerdo con los secretarios de los diversos dicasterios romanos. Respecto a la guerra y cuando correspondía, se estudiaban los asuntos con el secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios.

¹ Además de las dos obras citadas *supra*, nota 4, p. 317, hay que añadir como fuentes publicadas: G. QUIRICO, *Fatti e non parole. L'opera del Santo Padre Benedetto XV durante la guerra*, La Civiltà Cattolica, Roma 1918; G. VANNEUFVILLE, *Initiatives et interventions charitables du Saint-Siège pendant la guerre*, «Revue Internationale de la Croix-Rouge» 7 (1919) 806-834 (recoge los artículos que Quirico publicó en «La Civiltà Cattolica» y que luego reunió en el volumen ya citado *Il Vaticano*); J. QUIRICO, *Cor paternum. Paterni cordis sollicitudines quibus sanctissimus pater Benedictus XV omni data opera aerumnosos belli casus praecipue miseram captivorum sortem lenire satagit*, Alfieri & Lacroix, Roma 1920 (álbum fotográfico); *L'operato del clero e del laicato cattolico in Italia durante la guerra (1915-1918)*, Tipografia Poliglotta Vaticana, Roma 1920. Por otra parte, se encuentra material del Archivo Secreto Vaticano publicado en estudios actuales, que citaremos oportunamente. Un balance historiográfico sobre el aspecto diplomático se encuentra en M. VALENTE, *La "diplomazia dell'assistenza" nella prima guerra mondiale*, en G.M. VIAN (a cura di), *Storia del cristianesimo. Bilanci e questioni aperte*, Lev, Città del Vaticano 2007, 176-182.

² El primer secretario de estado de Benedicto XV fue el card. Domenico Ferrata, que murió el 10 de octubre de 1914. Pietro Gasparri (1852-1934) gozaba de alto prestigio en los estudios jurídicos por sus publicaciones y el ejercicio de la docencia en el Instituto Católico de París (1880-1897). En 1898 fue nombrado delegado apostólico en Ecuador, Perú y Bolivia (con residencia estable en Lima) hasta 1901 cuando comenzó a trabajar en la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Desde 1904 se dedicó a la compilación del Código de Derecho Canónico, tarea a la que dedicó sus mayores energías hasta fines de 1914 cuando casi estuvo terminado (por diversos motivos el código fue promulgado en 1917). Después de la muerte de Benedicto XV, Gasparri continuó siendo el secretario de estado vaticano bajo el pontificado de Pío XI. Cfr. R. ASTORRI, C. FANTAPPIÈ, *Pietro Gasparri*, en *Dizionario biografico degli italiani*, LII, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma 1999, 500-503.

³ Lo atestigua el barón Carlo Monti, representante oficioso del papa ante el gobierno italiano, en su *Diario*, publicado en A. SCOTTÀ, *La conciliazione ufficiosa. Diario del barone Carlo Monti "incaricato d'affari" del governo italiano presso la Santa Sede (1914-1922)*, Lev, Città del Vaticano 1997 (en adelante citaremos el escrito del barón: *Diario Monti* y la fecha, para distinguirlo de las citas de los comentarios del editor). Esta imagen de unidad de criterio adquiere mayor peso al tener en cuenta que los documentos muestran menor armonía de la que se manifestaba al exterior, como señala P. CHENAUX, *Pie XII. Diplomate et pasteur*, Cerf, Paris 2003, 86.

Durante el gobierno de Benedicto XV el sustituto de la Secretaría de Estado era mons. Federico Tedeschi y el secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios era mons. Eugenio Pacelli, sustituido por mons. Bonaventura Cerretti en 1917.¹

El secretario de estado firmaba los documentos y cartas dirigidos a los representantes oficiales ante la Santa Sede, a los ministros de gobierno de los diferentes países y a los dignatarios eclesiásticos, personas de la nobleza, etc., que escribían al papa o a él directamente.

La comunicación con los gobiernos de los países beligerantes, cuando había relaciones diplomáticas oficiales con la Santa Sede, era realizada principalmente a través del nuncio y del representante del país. Sin embargo, en ocasiones la Santa Sede no se limitó a transmitir una propuesta al representante de gobierno sino que encargaba también al nuncio y a algún obispo influyente que la apoyaran.²

Cuando no había relaciones diplomáticas, el canal de comunicación entre la Santa Sede y el gobierno era un alto prelado del país. En Francia, el cardenal arzobispo de París, Léon-Adolphe Amette mantenía la correspondencia con el secretario de estado y trataba con el parlamentario y luego ministro Denys Cochin, católico, o con otras personas de gobierno. El caso inglés era peculiar, porque el gobierno británico había enviado un representante oficial con carácter temporal pero la Santa Sede no tenía representante diplomático en Inglaterra. Por eso, cuando hacía falta, contaba con el servicio del cardenal Francis Bourne, arzobispo de Westminster. Las relaciones con el gobierno otomano eran llevadas directamente por el delegado apostólico mons. Angelo Maria Dolci enviado con este propósito a Constantinopla aunque allí no le fue reconocida su condición diplomática. Las relaciones con el gobierno italiano se realizaban a través del barón Carlo Monti, amigo del papa y funcionario del estado.³

Cuando fue necesario, las gestiones pontificias se llevaron a cabo al más alto

¹ Pacelli fue nombrado nuncio en Munich el 20 de abril de 1917. Su trabajo se centró principalmente en la consecución de la paz y en la acción humanitaria, bien preparado por el trabajo en la curia. Cfr. TRINCHESE, *I tentativi*, 243-255; M. VALENTE, *La nunziatura di Eugenio Pacelli a Monaco di Baviera e la "diplomazia dell'assistenza" nella "Grande guerra" (1917-1918)*, «Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken» 83 (2003) 269; A. TORNIELLI, *Pio XII. Eugenio Pacelli. Un uomo sul trono di Pietro*, Mondadori, Milano 2007, 78-94; A. VON TEUFFENBACH, *Eugenio Pacelli. Pio XII tra storia, politica e fede*, Art, Roma 2008, 58-101; E. FATTORINI, *Germania e la Santa Sede. Le nunziature di Pacelli tra la Grande guerra e la Repubblica di Weimar*, Il Mulino, Bologna 1992.

² El card. arzobispo de Colonia, Felix von Hartmann podía presentarse ante el káiser y por este motivo le fueron encargadas varias visitas de apoyo a las gestiones diplomáticas oficiales. Su primera tarea en favor de los prisioneros de guerra fue la de pedir al emperador el tratamiento de oficiales a los sacerdotes belgas y franceses prisioneros en Alemania, coronada con éxito (cfr. carta *Gratum equidem*, 18 de octubre de 1914, AAS 6 [1914] 542). En otra ocasión, en 1915, la Santa Sede confió las gestiones para conseguir una tregua entre Francia y Alemania que permitiera el entierro de los muertos ante los respectivos gobiernos, a los obispos de Auch y de Spira, cfr. QUIRICO, *Fatti*, 10. Ninguna de las treguas solicitadas por la Santa Sede fue aceptada.

³ Cfr. SCOTTÀ, *La conciliazione*, I, 2; F. MARGIOTTA BROGLIO, *Italia e Santa Sede dalla grande guerra alla conciliazione. Aspetti politici e giuridici*, Laterza, Bari 1966, 13-20.

nivel, como ocurrió en diciembre de 1914 con la invitación a realizar un intercambio de prisioneros inválidos (*grands blessés*), primera gran iniciativa humanitaria. Un telegrama de Benedicto XV a los soberanos de Alemania, Austria-Hungría, Baviera, Bélgica, Inglaterra, Rusia y Serbia; seguido por otros similares a los gobernantes de Francia, Imperio Otomano, Japón y Montenegro, recibió respuesta personal de los respectivos jefes de estado.¹

Este proyecto de intercambio había sido ya preparado por conversaciones que comenzaron a más tardar en diciembre de 1914.² La buena acogida que tuvo se debió a que la propuesta estaba contemplada en el acuerdo de Ginebra, pero hizo falta el impulso de la Santa Sede para que comenzaran las correspondientes negociaciones. Ya había sido planteada una iniciativa similar por parte del gobierno suizo – a petición del Comité Internacional de la Cruz Roja – que no fue secundada.³

Otra iniciativa similar, la de hospitalizar en países neutrales a los prisioneros enfermos y heridos, hábiles para el servicio militar, provino de Francia y este motivo la hizo más apreciada en la curia porque se deseaba restablecer las relaciones diplomáticas con esa nación. El cardenal Amette se había dirigido al papa en marzo de 1915 transmitiendo el deseo del gobierno francés de que interviniera en favor de la hospitalización de los prisioneros enfermos o heridos (*petits blessés*) en países neutrales como Suiza y Holanda, donde estarían mejor atendidos. Francia ya había intentado, a través de España, que Alemania enviara los prisioneros franceses heridos a Suiza, pero el gobierno alemán no había accedido aún a la propuesta.⁴ En abril, Gasparri pedía al cardenal francés que el gobierno de su país asegurara la adhesión de la Entente al proyecto y que presentara un plan de ejecución práctica. Luego, el siguiente paso de la Santa Sede fue el envío a Berna del conde Carlo Santucci – el 30 de abril – para exponer el proyecto al gobierno federal helvético. En Suiza se estaba negociando una idea similar con los gobiernos de Francia y Alemania, pero sin resultados aún, por eso la propuesta pontificia fue bien recibida. Ésta planteaba internar en hospitales del territorio helvético los heridos y enfermos inhábiles para el frente pero hábiles para otras tareas, para luego extenderlo a otras categorías de enfermos. El gobierno suizo se mostró de acuerdo y respondió oficialmente el 7 de mayo de 1915. El 14 de mayo el secretario de estado vaticano comunicó por escrito la decisión al embajador de Austria-Hungría ante la Santa Sede, a los ministros de Bélgica y de Inglaterra, al cardenal arzobispo de París; al ministro de Prusia se

¹ Los países están ordenados según alfabeto. Los primeros son aquellos que tenían relaciones diplomáticas oficiales con la Santa Sede. La mayoría de las respuestas están fechadas el 1 de enero de 1915; todas se muestran de acuerdo con la propuesta pontificia. Cfr. *L'opera della Santa Sede*, 42-47.

² Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 6-11, 217-224.

³ Cfr. BECKER, *Oubliés*, 201-202; QUIRICO, *Il Vaticano*, 18 y F. PANZERA, *Benedetto XV e la Svizzera negli anni della Grande Guerra*, «Schwiezerische Zeitschrift für Geschichte» 43 (1993) 322.

⁴ Las negociaciones entre Francia y Alemania comenzaron en febrero, en mayo Alemania contestó negativamente. Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 83-84.

le dio a conocer verbalmente. Por parte de la Santa Sede, este trabajo significó el envío a Suiza de mons. Francesco Marchetti Selvaggiani.¹

La propuesta pontificia consistía en internar en Suiza los heridos y enfermos de ambos bloques, en un número de 10.000 por cada uno, en zonas distintas del país. Cada gobierno debía cubrir los gastos en favor de sus súbditos; el gobierno federal helvético se hacía responsable de la vigilancia de los prisioneros, si alguno escapaba debía ser inmediatamente devuelto a Suiza para su custodia; los que recuperaban la salud serían devueltos a la nación que los tenía prisioneros;² los lugares que dejaban éstos y los que morían serían ocupados por otros prisioneros. Otros detalles debían ser acordados entre los países.

Las respuestas de los países interpelados tardaron en llegar: Francia contestó en mayo, Austria-Hungría en junio, Bélgica en julio, Alemania en agosto (después de insistencias desde la Santa Sede), Inglaterra contestó en febrero de 1916 rechazando la propuesta, aunque al mes siguiente, comenzó negociaciones con Suiza. Pese a la inicial respuesta positiva, los acuerdos necesarios para concretar la internación de los prisioneros enfermos se prorrogaron aún más.³ Francia y Alemania pudieron concretarlo finalmente en enero de 1916 y el primer viaje de tuberculosos a Suiza se realizó el 25 de ese mes. Hasta mayo sólo se beneficiaron esas naciones; ese mes llegaron prisioneros belgas e ingleses.⁴

No hay que olvidar que en toda esta operación humanitaria era importante la reciprocidad para poder hacer llegar a algún acuerdo a las potencias contrincentes.⁵ Alemania estaba interesada en los suyos que tenía en Rusia y pidió la intervención del Vaticano. El problema fundamental era el elevado número de

¹ No había relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Suiza. Una vez que el gobierno de la Confederación Helvética estuvo de acuerdo, mons. Marchetti Selvaggiani – que trabajaba en la nunciatura de Munich – fue nombrado encargado oficioso de la Santa Sede expresamente para conducir a término la iniciativa ya encaminada de la hospitalización en Suiza de los prisioneros de guerra y para enviar a los diversos países la correspondencia diplomática pontificia. Marchetti Selvaggiani llegó a Berna el 6 de julio de 1915 (luego se trasladó a Friburgo, pero volvió a Berna en septiembre de 1915). Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 77-82, 318-330; PANZERA, *Benedetto XV e la Svizzera*, 323-330; P. BURRI, *La missione di Mons. Marchetti in Svizzera e l'azione diplomatica di Benedetto XV* en F. CITTERO, L. VACCARO (a cura di), *Storia religiosa della Svizzera*, Centro Ambrosiano, Milano 1996, 457-467.

² Recuperar hombres que volverían al frente significaba seguir alimentando la guerra e implicaba otros problemas que harían aún más difícil la aceptación de esta propuesta (porque Alemania tenía más prisioneros que los demás países).

³ Alemania temía que la vigilancia no fuera suficiente y que los prisioneros escapasen, especialmente los oficiales (acababa de huir un aviador francés que había dado su palabra, según se decía, al gobierno suizo); Francia quería efectuar un intercambio según categoría, no número (eran más los prisioneros franceses), Alemania según número. Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 88-91.

⁴ Bélgica no tenía ningún acuerdo con Alemania porque había cedido sus prisioneros a Francia; Marchetti Selvaggiani se encargó de las gestiones, que comenzaron en enero de 1916. El acuerdo entre Inglaterra y Alemania, cuyas conversaciones se iniciaron en marzo de 1916, se concretó en mayo gracias a las intervenciones de la Santa Sede, el gobierno suizo y el Comité Internacional de la Cruz Roja. Cfr. *ibidem*, 96-99.

⁵ Por ejemplo, Gasparri comentaba a Amette que cada petición hecha a Alemania en favor de los franceses, era contestada con otras demandas por parte del gobierno del káiser, cfr. BECKER, *Oubliés*, 247.

los enfermos rusos – Suiza no era capaz de recibirlos – y la imposibilidad de trasladar a los prisioneros desde Rusia a aquel territorio. El gobierno alemán surgió a la Santa Sede buscar otro país neutral del norte de Europa, a su elección. Marchetti Selvaggiani obtuvo de Suecia la conformidad para la hospitalización de los provenientes de Rusia y propuso internar en Suiza a los alemanes y rusos prisioneros enfermos de tuberculosis curable. Las negociaciones se suspendieron por la situación política del imperio del zar.

Una situación similar ocurrió con las tratativas entre Austria-Hungría y Rusia para conseguir la hospitalización de sus respectivos prisioneros enfermos. Las negociaciones comenzaron en julio de 1916: el Imperio Austrohúngaro pedía a la Sede Apostólica – ya se había dirigido a los Estados Unidos – que interviniera en su favor ante el gobierno del zar y ante Suiza. Rusia era muy lenta y el gobierno helvético dilataba su respuesta porque el país estaba lleno de enfermos y no contaba con el número de médicos y de estructuras sanitarias para recibir más internos. Se acordó un número ínfimo de enfermos internados en Suiza (300 por cada parte, cuando los tuberculosos rusos eran 15.000) pero finalmente no se concretó nada debido al caos en el coloso oriental.

Las negociaciones entre Austria-Hungría e Italia sobre los prisioneros enfermos fueron una continua preocupación para el romano pontífice que veía que no prosperaban. Fueron numerosas las intervenciones del representante oficioso del Vaticano para agilizar las negociaciones con las autoridades gubernamentales italianas.

Las gestiones diplomáticas de la Santa Sede se extendieron también a la protección de ciudades, conmutación de penas capitales de personas singulares y aprobaciones necesarias para el transporte de avituallamiento, correspondencia, etc., en favor de prisioneros y de habitantes de zonas ocupadas.¹

A través de las propuestas humanitarias, la Sede Apostólica se convirtió de

¹ Para ejemplificar el trabajo que desarrollaba uno de los monseñores de la curia vaticana tomamos el texto oficial que Tedeschini, director de la Oficina Prisioneros de Guerra en el Vaticano, enviaba al abogado defensor de mons. Rudolf von Gerlach acusado de espionaje por el gobierno italiano, el 20 de mayo de 1917 (cfr. *infra*, nota 2, p. 346). Tedeschini resumía los asuntos en los que había trabajado Gerlach, por encargo del papa, en el primer semestre de 1916: «mi permetto – escribía Tedeschini – di citare a titolo di esempio le seguenti: 1. Trattative per impedire bombardamenti aerei su città indifese, e per raggiungere una intesa a questo riguardo tra l'Italia e l'Austria. 2. Trattative per assicurare il ritorno del cardinale Mercier nel Belgio e per evitare rappresaglie contro di lui. 3. Indagini per accettare le tanto discusse asserzioni relative a violazioni di suore nel Belgio. 4. Negoziati per la liberazione di diecimila detenuti civili belgi. 5. Proposta di ospitalizzazione di prigionieri malati o feriti, di nazionalità francese e tedesca, in Svizzera. 6. Proposta di ospitalizzazione di prigionieri russi e tedeschi in paese neutrale. 7. Raccolta ed invio di soccorsi e vettovaglie ai ruteni, polacchi e serbi. 8. Trattative per la visita, a nome della Santa Sede, ai prigionieri italiani in Austria, ed ai prigionieri inglesi e francesi in Turchia. 9. Intervento per la liberazione di prigionieri e per ottenere condono o commutazione di pena a condannati a morte, fra i quali, ai sudditi della monarchia austro-ungarica di nazionalità serba implicati nel celebre processo di Banjaluka. Infine, aggiungo, a titolo di saggio, copia di un documento riguardante la mediazione, che, sempre nell'accennato trimestre del 1916, la Santa Sede ha interposto fra Austria ed Italia per giungere a regolare l'uso degli aeroplani»: en SCORTÀ, *La conciliazione*, II, 107, nota 134.

hecho en mediadora diplomática entre las potencias en guerra. Las naciones no trataban con los gobiernos del bloque contrario tampoco por asuntos humanitarios; por este motivo la Santa Sede intervenía para que dialogaran a través de ella. Era el papel que también desempeñaron algunos países neutrales, especialmente el gobierno suizo unido al Comité Internacional de la Cruz Roja.

Un trabajo mutuamente apoyado a nivel diplomático permitió conseguir la adhesión de las potencias beligerantes a las propuestas de intercambio de prisioneros inválidos, de liberación de civiles, de hospitalización de prisioneros hábiles y de repatriación de padres de familia que llevaban más de 18 meses de cautiverio.

2. Nivel asistencial

El sentido de esta labor diplomática vaticana era desarrollar una acción asistencial amplia en favor de los que sufrían desgracias a causa de la guerra, tarea en la que el papa quiso involucrar a todos los católicos, especialmente al clero.

En la Cuaresma de 1916, el papa escribía al cardenal vicario de Roma. Si bien se dirigía a los católicos de la ciudad, su petición se extendía a todos los fieles del mundo: pedía más oración por la paz y obras de caridad, especialmente en favor de los hijos de los muertos en esta horrible guerra.¹ Una manifestación de la respuesta de los fieles católicos fue la recolección del Óbolo de San Pedro. Al menos un par de veces, el papa devolvió a los católicos de la nación donante la cantidad que se le enviaba porque provenía de países particularmente probados por la guerra: se trataba de Bélgica y de la zona oriental de Prusia.²

La petición de ayuda económica en favor de las regiones más afectadas se repitió en otras ocasiones. En nombre del papa, Gasparri escribía a Amette enviándole una suma de dinero en favor de la población de las zonas devastadas de Francia y le señalaba que esperaba que los ciudadanos del país colaboraran también en esa causa – con la oración y las ofrendas – guiados por sus obispos.³

En 1915 y 1916 desde Estados Unidos, Irlanda e Italia llegaron donativos en dinero para Polonia, que eran enviados desde la Santa Sede.⁴ En España se reunía

¹ Cfr. carta *Al tremendo conflitto*, 4 de marzo de 1916, AAS 8 (1916) 60. En Francia esta carta fue particularmente mal acogida, cfr. J.-M. MAYEUR, *Les catholiques français et Benoît XV en 1917. Brèves remarques*, en N.-J. CHALINE (dir.), *Chrétiens dans la première guerre mondiale, Actes des Journées tenues à Amiens et à Peronne les 16 mai et 22 juillet 1992*, Cerf, Paris 1993, 155.

² Sobre Bélgica, cfr. carta del pontífice al card. Joseph-Desiré Mercier, *Cum de fidelibus*, 8 de diciembre 1914, AAS 6 (1914) 668-669. En *L'opera della Santa Sede*, 198, junto a esa carta se publicó la de Gasparri que indicaba la suma donada por Benedicto XV y la que entregaba el colegio cardenalicio. Sobre la ayuda a los católicos de Ermland en la Prusia oriental, cfr. *ibidem*, 216-220.

³ Cfr. carta del card. Pietro Gasparri al card. Léon-Adolphe Amette, 23 de abril de 1915, en *ibidem*, 205-206.

⁴ Cfr. *ibidem*, 202, 227-228. Gasparri escribía a mons. Adam Sapieha, obispo de Cracovia, el 9 de abril de 1915, enviándole una cantidad de dinero de parte del papa añadiendo que el pontífice vería con satisfacción que todos los obispos de Polonia (de las zonas austriaca, alemana y rusa) invitaran a todos los católicos a seguir el ejemplo del pontífice en oración y ofrendas por Polonia, cfr. *ibidem*, 203-205. Sobre la atención del papa a la cuestión polaca, cfr. S. SIERPOWSKI, *Benedetto XV e la questione*

periódicamente dinero para las víctimas de la guerra, con el que el Vaticano acudió a socorrer Bélgica.¹ En 1915 los obispos alemanes promovieron una colecta para ayudar a todos los prisioneros de guerra en Alemania y además, reunieron dinero para los alemanes prisioneros en Rusia que enviaron a través de la Santa Sede. En las ayudas – se insistía – no se hacía distinción de religión.²

También algunas asociaciones se dedicaron a subvenir diversas necesidades, como el Comité Nacional para la Asistencia Religiosa en el Ejército Italiano que se dedicaba a proveer de altares portátiles para los capellanes militares,³ y en muchos países un comité nacional se preocupaba de conseguir los medios para alimentar y dar abrigo a los niños o a las familias más necesitadas.⁴

Respecto a la asistencia prestada por el clero, la Sede Apostólica emanó, en 1914, un decreto en el que señalaba las medidas para asegurar la atención sacerdotal necesaria a los católicos en el frente y en la prisión, y concretaba una asistencia específica: facilitar la información a las familias a través de cartas, a lo que debían ayudar materialmente si era preciso.⁵

La Santa Sede se preocupó de dar cumplimiento al decreto, es decir, que se llegara a atender a todos los que estaban en esas circunstancias. Por ejemplo, al primado belga, cardenal Joseph-Désiré Mercier, Gasparri informaba que se trasladaría un sacerdote de Suiza a Alemania para atender a los prisioneros belgas.⁶ El delegado apostólico en Constantinopla, Angelo Maria Dolci, informaba al secretario de estado que dos sacerdotes habían partido ya, destinados al campo de concentración de prisioneros Afyon-Kara-Hissar, premunidos de las facultades y de todo lo necesario para la celebración y administración de los sacramentos.⁷

polacca negli anni della "Grande Guerra", en G. RUMI (a cura di), Benedetto XV e la pace - 1918, Morcelliana, Brescia 1990, 213-232.

¹ Respecto a 1915, cfr. *L'opera della Santa Sede*, 220-222.

² Cfr. *ibidem*, 224-226.

³ Este comité recibió diversas ayudas de la Santa Sede, cfr. *ibidem*, 178-179 y QUIRICO, *Fatti*, 27.

⁴ En diversas ocasiones la ayuda de la Santa Sede o de los católicos de un país, se encauzaba a través de alguna institución de beneficencia. Por ejemplo, Benedicto XV recomendaba al card. James Gibbons, arzobispo de Baltimore, una institución belga (cfr. carta *Pietà profonda*, 28 de octubre de 1916, AAS 9 [1917] 10-11); en Estados Unidos funcionaba una comisión para el aprovisionamiento de Bélgica, cfr. carta al papa del arzobispo de Varsovia, febrero 1916 (no especifica el día), en *L'opera della Santa Sede*, 135. En Lituania las ayudas llegaban a través de la sociedad lituana de socorro, cfr. *ibidem*, 229-231. Y en Polonia funcionaba el Comité General de Socorro para las Víctimas de la Guerra, presidido por el escritor Henri Sienkiewicz; la correspondencia con la Santa Sede se encuentra en *ibidem*, 139-143, 200-201, 227-228. Terminada la guerra, Benedicto XV encauzó las ayudas de beneficencia a través de la *Save the Children Fund* (cfr. *infra*, nota 3, p. 349).

⁵ Cfr. decreto del 21 de diciembre de 1914, AAS 6 (1914) 710-711. Aunque la indicación se refería expresamente a los prisioneros de guerra, era fácil hacerla extensiva al frente. Al menos en Italia, la acción asistencial del clero en el ejército dependía de las iniciativas de los sacerdotes mismos y entonces surgieron, por ejemplo, escuelas de analfabetos y oficinas de información. Cfr. P. MELOGRANI, *Storia politica della grande guerra 1915-1918*, Laterza, Bari 1969, 154-155; R. MOROZZO DELLA ROCCA, *La fede e la guerra. Cappellani militari e preti-soldati (1915-1919)*, Studium, Roma 1980, 20, 37-40.

⁶ Cfr. carta del card. Pietro Gasparri al card. Joseph-Désiré Mercier, 18 de julio de 1915, en *L'opera della Santa Sede*, 179-180.

⁷ Cfr. informe de mons. Angelo Maria Dolci al card. Gasparri, 12 de diciembre de 1915, en *ibidem*, 186.

En esta tarea se contaba con el trabajo ministerial de los mismos sacerdotes prisioneros. Por ejemplo, el 3 de marzo de 1916 Gasparri escribía a Dmitri Nelidow, ministro de Rusia ante la Santa Sede, pidiéndole que obtuviera del gobierno imperial la autorización para los sacerdotes que estuviesen prisioneros pudiesen ir a otros campos de concentración, periódicamente, para prestar atención religiosa. En la carta, Gasparri se refería primero a unos austrohúngaros prisioneros en Rusia pero la petición la extendía a todos los clérigos reclusos. El 6 de marzo, Nelidow informaba – de parte del ministerio imperial de asuntos extranjeros – que el gobierno no había puesto obstáculos a la asistencia religiosa de los católicos, que los sacerdotes prisioneros habían sido enviados a los lugares donde se encontraba el mayor número de católicos cautivos y que no se había impedido que los sacerdotes evacuados de territorios invadidos por el enemigo visitasen los campos de prisioneros. El 11 de marzo, el cardenal agradecía la información, pero el 8 de abril volvía a escribir al ministro diciéndole que pese a esos datos, tenía noticia de varios sacerdotes que no habían sido aún empleados en el ejercicio de su ministerio. El 4 de julio Gasparri escribía de nuevo sobre el caso para asegurarse de que efectivamente esos sacerdotes estuviesen dando ese servicio a los demás prisioneros, porque interesaba mucho a la Santa Sede.¹

Los obispos y nuncios no quedaron eximidos de la acción asistencial directa en favor de los cautivos. El decreto sobre la atención a los prisioneros de guerra de 1914 había sido precedido por una carta del papa a diversos obispos particularmente afectados por la guerra, ya que en sus diócesis se encontraba un gran número de personas que sufrían la tragedia.²

El 31 de marzo de 1916 el cardenal Gasparri escribía a los obispos italianos pidiéndoles que se ocuparan de visitar a los prisioneros austrohúngaros en la península; después, debían enviar un breve informe de las condiciones materiales y morales en las que éstos se encontraban.³ Por otra parte, siguiendo similares indicaciones, los nuncios de Baviera y de Viena visitaban a los prisioneros italianos.

El arzobispo de Milán, cardenal Carlo Andrea Ferrari, visitaba a los italianos que eran repatriados por invalidez, en el hospital militar de Monza donde necesariamente permanecían antes de ser llevados a otro sitio. Allí llegaban grupos de doscientos, trescientos hombres, en muy malas condiciones.⁴ Además de las

¹ Todas estas cartas se encuentran en *ibidem*, 190-193.

² Por ejemplo, cfr. carta de Benedicto XV a Nicolás Dobrecic, arzobispo de Antivari (Montenegro), 8 de noviembre de 1914, AAS 6 (1914) 546. El arzobispo respondía: «Il mio clero, poi, ed io, confortati dall'Apostolica Benedizione di V. S., nostro amatissimo Sommo Pastore, faremo del tutto per recare qualche aiuto ai feriti, ai malati, ai poveri, e così, per quanto si può alleggerire la loro miseria, corrisponderemo ai desideri di V. S.» (Carta de mons. Nicolás Dobrecic a Benedicto XV, 24 de noviembre de 1914, en *L'opera della Santa Sede*, 173-174).

³ Cfr. *ibidem*, 240-241.

⁴ Cfr. R. CEDDIA, *Il cardinal Ferrari, Milano Cattolica e la Grande Guerra. Nuove fonti dall'Archivio Segreto Vaticano*, Ned, Milano 1996, 129, 135. Muchas fueron las visitas que realizó el arzobispo de Milán y en enero de 1918 recibió oficialmente, el encargo de representar al papa ante los repatriados, cfr. *ibidem*, 139.

visitas, el arzobispo se había encargado de las gestiones necesarias para enviar 20.000 paquetes de comida que la Santa Sede quería regalar a los italianos que se encontraban en Mauthausen (campo en Austria-Hungría), en la Navidad de 1916.¹ La iniciativa se repitió en 1918, esta vez dirigida a todos los prisioneros italianos en Alemania; la gestión también estuvo a cargo del arzobispo de Milán.²

Las visitas que realizaban los obispos o los nuncios a los campos de concentración no tenían el mismo objetivo que las visitas de los delegados de la Cruz Roja. Lo que buscaban los eclesiásticos era llevar un poco de consuelo, alguna ayuda material y sobre todo, asegurar la adecuada asistencia espiritual de los reclusos.

El pronuncio en Viena, cardenal Raffaele Scapinelli, el 20 de enero de 1916, informaba al cardenal secretario de estado de la visita realizada a Mauthausen.³ El campo ocupaba una amplia llanura donde “la gran ciudad de barracas” se extendía por más de 24 km², dividida en dos partes, una para italianos y otra para serbios. Scapinelli describía la zona de oficiales – visitó algunas habitaciones y la cocina –, las barracas de los soldados y la barraca-teatro donde algunos italianos tocaron algunas composiciones musicales durante su visita. En el informe, Scapinelli descendía incluso al menú de los soldados. Respecto a la atención religiosa informaba que estaba en construcción una barraca-iglesia, aunque ya se celebraba misa en otras barracas grandes y en tres capillas se conservaba la eucaristía. El capellán del campo era un tirolés que conocía bien la lengua italiana, y contaba con la ayuda de dos sacerdotes italianos prisioneros de guerra. El vicario castrense les había autorizado celebrar la misa y les había dado las facultades necesarias para ejercer su ministerio en favor de sus compatriotas. En esta visita el pronuncio pidió que pudieran vestir el hábito talar en lugar del uniforme militar, lo que fue concedido inmediatamente. Scapinelli pudo también visitar los diversos hospitales del recinto, donde habló con cada uno de los enfermos y heridos.⁴

¹ Ferrari escribía a Gasparri el 22 de noviembre de 1916, explicándole el contenido que tendría cada uno de los paquetes que se entregarían a los prisioneros italianos: «Si è combinato quasi tutto, e i pacchi sarebbero formati secondo la lista del foglietto qui unito. Le scatole per la carne e pel zampone sono saldate, quindi possono durare lungo tempo, ho voluto aprirne una e ho trovato la carne sanissima e di sapore squisito [...]. Entro sei o sette giorni saranno pronti tutti i ventimila pacchi» (CEDDIA, *Il cardinal Ferrari*, 130).

² Esta vez se trataba de enviar 130.000 paquetes. No fue fácil conseguir tanta cantidad de alimento preparada para enviar en un mismo día, ni se obtuvo fácilmente el permiso del gobierno para sacar del país – dirigido a Alemania – el cargamento. Cfr. *ibidem*, 141-144; también *infra*, notas 1 y 2, p. 331 sobre la distribución de esos paquetes.

³ Además de completo, ese informe de Scapinelli daba una visión positiva de las condiciones del lugar. Las visitas eran preparadas, como lo manifiesta el informe, y al parecer, las que más temían los austriacos eran las del Vaticano, según PROCACCI, *Soldati*, 193, nota 47. En todo caso, hay que considerar que el viaje fue realizado antes de la derrota italiana de Caporetto que hizo colapsar el sistema debido al gran número de prisioneros.

⁴ Como este informe era completo, la Santa Sede pensó que podría ser oportuno publicarlo en «L'Osservatore Romano» y, a través de Monti, se preguntó el parecer al gobierno (como signo de colaboración y para evitar que fuera totalmente censurado). El gobierno italiano autorizó su publi-

Desde Constantinopla, Dolci informaba de los regalos que había hecho a los prisioneros y a los soldados otomanos inválidos, y de las visitas que había podido hacer a los reclutas ingleses y franceses hospitalizados en esa ciudad con motivo de las fiestas de Navidad en 1915. El delegado apostólico se movía por iniciativa propia, siguiendo las instrucciones generales recibidas.¹

Desde Suiza, el 5 de abril de 1916 Marchetti Selvaggiani informaba brevemente de una visita reciente al mayor grupo de prisioneros franceses internados en ese país. Decía que se le habían hecho pocos los objetos bendecidos enviados de parte del pontífice y daba a conocer su plan de trabajo. Éste contemplaba el viaje, en 12 días, a seis recintos en los que había – separadamente – alemanes y franceses.²

El nuevo nuncio en Baviera, Eugenio Pacelli, inició una serie de visitas a los campos de prisioneros en Alemania, en octubre de 1917. Desde su llegada a fines de mayo, se había dedicado a un intenso trabajo diplomático ante el gobierno alemán para conseguir las declaraciones necesarias para las negociaciones de paz. El 17 de octubre, acompañado del secretario de la nunciatura Lorenzo

cación a condición de que se eliminaran algunos párrafos donde se mencionaban la falta de mantas, la conducta poco edificante de un oficial, el número de oficiales italianos prisioneros en el campo de Mauthausen y el total de prisioneros en Austria (cfr. *Diario Monti*, del 31 de enero de 1916 al 6 de febrero de 1916). Teniendo en cuenta estos datos, el informe del pronuncio publicado en *L'opera della Santa Sede*, 236-240, corresponde a la versión publicada en la prensa. Scapinelli en su siguiente informe de visita a un campo fue – en contraste con el anterior – brevísimos, cfr. *ibidem*, 243.

¹ «Interpretando la mente di nostro amatissimo S. Padre [...], ho ottenuto da S. E. Enver Pascià [ministro della guerra], il permesso d'invviare dei doni per il valore di lire turche quaranta, a tutti i soldati francesi ed inglesi che si trovano prigionieri ad Afyon-Kara-Hissar [...]. Nello stesso tempo rimettevo al prefato aiutante di campo di Enver Pascià eguale somma di lire turche quaranta, pregandolo di accettarla come offerta del rappresentante della S. Sede per l'acquisto di membri artificiali, ai soldati invalidi dell'Armata Imperiale Ottomana, cosa per la quale si fanno ora dai giornali calde raccomandazioni»: informe de mons. Angelo Maria Dolci al card. Pietro Gasparri, 15 de diciembre de 1915, en *ibidem*, 222-223. Poco más tarde, el 31 de diciembre, el delegado apostólico daba cuenta de las cuatro visitas realizadas a recintos hospitalarios, concluyendo «che da per tutto, senza distinzione, si è mostrata la più grande deferenza per il Rappresentante della S. Sede, e che quest'atto di carità cristiana ha prodotta la migliore impressione non solo negli animi dei soldati cattolici, ma in quello dei protestanti»: informe de mons. Angelo Maria Dolci al card. Pietro Gasparri, en *ibidem*, 234-235. En las Navidades de 1917 Dolci fue a ver a los prisioneros de Marmora, en su mayoría protestantes, que lo recibieron interpretando el himno pontificio. Se hicieron fotografías del encuentro que fueron enviadas a las familias de cada recluso; cfr. F. LATOUR, *L'action humanitaire du Saint-Siège durant la Grande Guerre*, «Guerres mondiales et conflits contemporains» 187 (1997) 94. El 4 de mayo de 1918 el delegado visitaba a quinientos prisioneros italianos en Maltepé (Turquía), cfr. QUIRICO, *Fatti*, 30.

² «Sabato venturo 8 aprile alle 1.45 pom. partirò per Davos ove si trovano 187 tedeschi, di cui 82 cattolici. Giungerò a Davos, domenica mattina (è impossibile arrivare prima), e, a Dio piacendo, sarò nuovamente a Berna lunedì sera, 10 aprile. Il seguente lunedì e giovedì (12 e 13 aprile), visiterò i francesi nel Berner Oberland, e finalmente sabato 18, domenica 19 e parte di lunedì 20, vedrò gli altri tedeschi sparsi nei dintorni di Lucerna e quelli internati verso Flüelen, così tutto sarà finito prima di Pasqua. Per domenica ventura le medaglie mi bastano; però non ne avrò abbastanza per le visite future e quindi torno di nuovo a bussare pregandola a volermele far pervenire colla maggior possibile sollecitudine» (Carta de mons. Francesco Marchetti Selvaggiani a mons. Federico Tedeschi, 5 de abril de 1916, en *L'opera della Santa Sede*, 242 [la cursiva es del original, los días de la semana no coinciden]).

Schioppa, fue al campo de Puchheim (Baviera). En ese minucioso relato, Pacelli describía las miserables condiciones de alojamiento y de alimentación, la capilla, la llamada biblioteca, el lugar de desinfección y baños, el cementerio. También informaba de la distribución de paquetes que el papa había enviado a los prisioneros.¹ El nuncio Pacelli visitó también Ingolstadt (25 de octubre de 1917) donde estuvo dos días; al año siguiente, el lazareto de Fürstenbrück (fines de agosto) los campos de Halle (18 de septiembre), Celle (20 de septiembre), Minden (22 de septiembre), Münster I (23 de septiembre), Münster II (24 de septiembre), Ellwagen (27 de septiembre), Lechfeld (21 de octubre), Regensburg (noviembre).²

El arzobispo de Munich, Michael von Faulhaber, estuvo en Lille (abril 1915), en Verdun (noviembre 1917) y en Suiza, visitando alemanes internados.³ Los austriacos reclusos en Asinara (Cerdeña) fueron visitados por mons. Cleto Casani, obispo auxiliar de la diócesis.⁴ Teodoro Valfrè di Bonzo, nuncio en Viena desde septiembre de 1916, fue a un campo de concentración en Hungría (octubre 1917) y, al año siguiente, a los de Mauthausen y Spratzern (27 de febrero),

¹ «Dopo di che [di aver rivolto un discorso in francese ai prigionieri riuniti in un piazzale all'aperto], impartita la benedizione, feci subito la distribuzione dei pacchi, i quali si trovavano già disposti ai miei lati su due grandi tavole. Ognuno di essi era involto con della carta portante impressa la tiara pontificia e la scritta "il Santo Padre offre benedicendo", e conteneva 200 gr. di cioccolata, 1 pacchetto di biscotti, 6 pacchetti di sigarette americane, 125 gr. di sapone, 1 déjeneur di cioccolata al latte, 100 gr. di thé, 200 gr. di zucchero. Al sacerdote francese Deschamps, anch'egli prigioniero di guerra, il quale ha la cura spirituale dei cattolici detenuti in quel campo, affidai l'incarico di distribuire le medaglie, che io avevo portate meco, a coloro che egli credeva più opportuno, avuto riguardo alla religione ed ai principi da essi professati. Cominciò allora a passare dinanzi a me la lunga e pietosa fila dei prigionieri (il cui martirio dura per molti da oltre tre anni), la maggior parte laceri, pallidi, smunti, alcuni specialmente fra i russi, dai volti inebetiti. Tutti, francesi, russi cattolici, russi scismatici (ad eccezione soltanto dei russi ebrei), mi baciavano rispettosamente l'anello, ringranziavano commossi, e più di uno mi pregò di insistere a Sua Santità i sentimenti della più viva riconoscenza per la Sua carità e la Sua degnazione» (informe de mons. Eugenio Pacelli al card. Pietro Gasparri, 17 de octubre de 1917, en VALENTE, *La nunziatura*, 279-280). Parte del discurso previo a la distribución está recogido en TORNIELLI, *Pio XII*, 91, pero no indica el documento fuente. En agosto, Gasparri había indicado al nuncio iniciar las gestiones necesarias para el envío de paquetes de parte de la Santa Sede a los prisioneros de guerra de diversas nacionalidades detenidos en Alemania (cfr. VALENTE, *La nunziatura*, 279). Después, fue Pacelli el encargado de hacerlos llegar a sus destinatarios. El 7 de octubre de 1918 el nuncio escribía a Gasparri informando del estado lamentable de muchos de los paquetes que se habían preparado en Milán (para los prisioneros italianos) que llegaron a Munich el 24 de septiembre 1918 (cfr. CEDDIA, *Il cardinal Ferrari*, 143-144).

² En estas visitas el esquema era similar: discurso y entrega de paquetes y medallas. Después, el nuncio enviaba un detallado informe al Vaticano exponiendo la lamentable situación en la que se encontraban los prisioneros italianos, (cfr. VALENTE, *La nunziatura*, 280-284). Las fotografías de cada una de esas visitas se encuentran en QUIRICO, *Cor paternum*, CXXXI-CXLIII (no se indica la fecha exacta de la visita a Regensburg). Cfr. también TORNIELLI, *Pio XII*, 91-94.

³ Cfr. las fotografías de esos momentos en QUIRICO, *Cor paternum*, CXXV.

⁴ Cfr. QUIRICO, *Cor paternum*, CLI. Huyendo del frente de Salónica, en noviembre de 1915, los serbios llevaban consigo más de 24.000 militares austrohúngaros prisioneros. El gobierno serbio confió entonces su custodia a Italia; en el trayecto muchos de ellos sucumbieron a causa del tifus y del cólera y, poco después de llegar a Asinara (Cerdeña), murieron otros 6.000 (cfr. GILBERT, *La primera guerra mundial*, 282 y SCOTTÀ, *La conciliazione*, I, 361, nota 59).

Marchtrenk (28 de febrero), Freidstatd (1 de marzo) y nuevamente a Mauthausen (2 de marzo).¹

A fines de septiembre de 1918, Gasparri volvió a pedir a los obispos italianos en cuyo territorio hubiese prisioneros de guerra, que los fueran a visitar para llevarles alguna confortación.² No había llegado aún el momento de los grandes triunfos del ejército italiano, pero sí del avance y de modestas victorias que hacían llegar nuevos prisioneros a Italia; fue a fines de octubre cuando el ejército austriaco ya no opuso resistencia. Estos prisioneros tuvieron que esperar a la firma del tratado de paz con el gobierno austrohúngaro para poder volver a su país, por lo que su cautiverio se hizo aún más largo.

La Santa Sede hizo uso de uno de los informes de las visitas que realizó el arzobispo de Milán a los prisioneros en la zona ambrosiana en el año 1918-1919 para pedir al gobierno mejoras en su favor. Se trataba de los campos de Gallarate (de reciente construcción) y de Busto Arsizio donde se concentraban más de 150.000 hombres, en malas condiciones.³

La tarea asistencial, en resumen, fue ocupación de todos los sacerdotes y obispos que se encontraran en la zona de guerra o cercana. El primer objetivo de las visitas era asegurar la asistencia y el consuelo religioso, pero no se descuidaba el interés por las condiciones materiales en las que se encontraban los prisioneros, para buscar mejorarlas en la medida de lo posible. Este trabajo implicó una relación con las autoridades gubernamentales que fue novedosa para ambas partes y que, realizada por razones simplemente humanitarias, permitió un acercamiento distinto y de tono positivo.

3. Estructuras de asistencia y colaboración. Una red de oficinas

Para realizar esta labor de asistencia, la Santa Sede contó con la estructura eclesial ordinaria y con la diplomática donde hubiese. Desde Roma se impulsaba a los obispos y a los nuncios, éstos a su vez enviaban sacerdotes o subalternos. Además de la "red institucional" se formó otra, de tipo asistencial e informativo: una red de oficinas, que nació a medida que surgieron las necesidades.

Con el estallido de la guerra y de un modo natural, obispos, párrocos y algunas familias, se dirigieron a la Santa Sede con la esperanza de poder recibir alguna información sobre los suyos. Al principio, las cartas provenían de las zonas invadidas, de Bélgica y del norte de Francia; cuando Italia comenzó a participar

¹ Cfr. *Diario Monti*, 12 de octubre 1917; QUIRICO, *Fatti*, 29. Quirico señala que los informes del nuncio eran verdaderas fotografías de la situación de los prisioneros italianos y que implicaron nuevas acciones del papa en favor de ellos (cfr. *ibidem*, 28). Benedicto XV indicó al nuncio que no siguiera haciendo visitas porque a las autoridades austriacas podía parecer que él era fácilmente impresionable por las quejas de los prisioneros italianos; como Valfrè di Bonzo negó ese riesgo, el papa le recomendó que no las suspendiera sino que las distanciara. Cfr. carta de Benedicto XV al nuncio Teodoro Valfrè di Bonzo, 8 de mayo de 1918, en G. RUMI, *Benedetto XV, un epistolario inedito*, «Civitas» 42/1 (1991) 67-68.

² Cfr. carta del card. Pietro Gasparri al card. Carlo Andrea Ferrari y a varios ordinarios, 30 de septiembre de 1918, en CEDDIA, *Il cardinal Ferrari*, 144-145.

³ Cfr. *ibidem*, 148.

activamente en la guerra, muchas de las peticiones provenían de distintas zonas del país y el papa vio la necesidad de constituir una oficina que se dedicase a este objetivo. Por iniciativa de Benedicto XV se formó entonces, en la Secretaría de Estado, la Oficina en Favor de los Prisioneros de Guerra.¹

Antes de que ésta se constituyera, se había formado otra – también por sugerencia del papa – con el mismo objetivo en Paderborn (Alemania) en enero de 1915, dependiente del episcopado.² Poco más tarde, el obispo de Paderborn escribía al obispo de Lausana y Ginebra, de parte del papa, para que en Suiza se organizara una iniciativa similar. Como la *Mission Catholique Suisse* – con sede en Friburgo – había comenzado a ocuparse de los prisioneros de guerra desde diciembre de 1914, se constituyó como nueva oficina en favor de los prisioneros.³

Debido a la necesidad de atender las numerosas peticiones sobre los prisioneros italianos en Austria, el papa pidió que se estableciese una oficina junto a la nunciatura de Viena, a cuya cabeza estuvo mons. Max Brenner.⁴

La Oficina del Vaticano estaba, entonces, en relación con estos tres grandes centros de información y con otros puntos de contacto (instituciones o personas). Por ejemplo, en Alemania, con la Nunciatura en Baviera, Comité de Frankfurt, Cruz Roja de Dresden; en Austria-Hungría: Cruz Roja austriaca, *Zentral Nachweise Bureau*, Oficina de Información para los Prófugos del Sur de mons. Delugan; en Bélgica: Nunciatura en Bruselas; en Bulgaria: Delegación Apostólica en Sofía; en Francia: Oficina *Les nouvelles du soldat* fundada por diputados del Sena en París; en Holanda: *Œuvre Internationale de Secours aux Prisonniers de*

¹ El papa leía las cartas, anotaba y encargaba las oportunas investigaciones en lo que era ayudado por el antiguo embajador de los Estados Unidos en Viena, Bellamy Storer. El diplomático, dos veces a la semana, retiraba la correspondencia de la Secretaría de Estado y en su casa, ayudado por secretarios, escribía a obispos, autoridades militares y políticas – a nombre de la Santa Sede – para recabar la información que necesitaban las familias que habían escrito. Esto funcionó así del 12 de enero de 1915 al 18 de abril de ese año, cuando Bellamy Storer volvió a Estados Unidos. Lo sucedió el superior de los franciscanos conventuales, padre Domenico Reuter, estadounidense, que trabajó en esta tarea con otros frailes de su orden. El trabajo concernía a los prisioneros no italianos y la sede era la casa de los penitenciarios (Reuter era penitenciario de la basílica de San Pedro). Una vez que Italia entró en la guerra, el papa vio la necesidad de que se constituyera una verdadera oficina, y ésta ocupó una de las dependencias de la Secretaría de Estado. Tedeschini, en septiembre de 1915, organizó de un modo más orgánico el trabajo y los locales, aunque una sección de la oficina continuó funcionando en la sede de los penitenciarios. El director era Tedeschini, el secretario el padre F. Huisman, holandés, de la Orden de los Franciscanos Menores Conventuales. Cfr. QUIRICO, *Fatti*, 37-39, 45; VANNEUFVILLE, *Le Saint-Siège*, 808-809; BECKER, *Oubliés*, 165.

² Cfr. QUIRICO, *Fatti*, 38; J. STRAKE, *Les catholiques allemands et le service de secours pour prisonniers et disparus*, «Revue Internationale de la Croix-Rouge» 5 (1919) 516-524. Todas las señas de las Cartas recibidas en el Vaticano, provenientes del norte de Francia y de Bélgica, eran enviadas al secretariado de mons. Karl Joseph Schulte, obispo de Paderborn, cfr. BECKER, *Oubliés*, 165.

³ Cfr. QUIRICO, *Fatti*, 38; E. BEAUPIN, *La Mission catholique suisse*, «Revue Internationale de la Croix-Rouge» 5 (1919) 525-537. A partir de la organización de la oficina de Friburgo (Suiza), se consiguió una coordinación más cuidada, que se extendía a los demás centros de información católicos en los países beligerantes, cfr. BECKER, *Oubliés*, 166. En la creación de esta red, la acción de Pacelli fue fundamental, cfr. VALENTE, *La nunziatura*, 267, nota 12.

⁴ Cfr. QUIRICO, *Fatti*, 39.

Guerre en Maastricht; en Inglaterra: la Orden de Malta en Londres, James Hope de *Prisoners of War Department*; en Italia: Obispado Castrense; en Luxemburgo: Internuncio apostólico; en Japón: Delegación Apostólica en Manila; en Rumania: Cruz Roja de Rumania con sede en Berna (Suiza); en Rusia: Oficina Central para los Prisioneros de Guerra en San Petersburgo; en Siria: mons. Giannini; en Suecia: Cruz Roja de Estocolomo; en Suiza: *Bureau Zuricois* en Zurich, Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra; en Turquía: Delegación Apostólica en Constantinopla, *Croissant-Rouge*. Además, otras asociaciones pedían datos a la oficina vaticana, por ejemplo, en Italia: *Opera Bonomelli*, *Opera della Protezione della Giovane*, secretarías locales y secciones locales de la Cruz Roja; en Francia: *Ligue Patriotique Française*, *Agence Interdépartementelle de Annecy*, *Fraternelle Catholique de Millon*, etc.¹ En algunas ciudades de diócesis italianas particularmente afectadas por la guerra – como Milán, Bolonia, etc. –, se constituyeron diversas oficinas de información.²

La búsqueda de datos requería una cierta organización burocrática. En la Oficina del Vaticano trabajaban entre 160 y 200 personas, muchos religiosos de diversas órdenes, varios sacerdotes seculares y un buen número de laicos.³ En fichas blancas se anotaban las peticiones de información recibidas, en fichas rojas la información que provenía de listas de prisioneros y muertos que llegaban con el correo diplomático. El trabajo consistía fundamentalmente en «compilar cédulas blancas y coloradas, resumir peticiones de información y de repatriación, escribir a las nunciaturas y a otras oficinas de prisioneros, a entidades públicas y a los particulares, insistir, telegrafiar, mandar a numerosas familias las relativas comunicaciones».⁴

En el Vaticano se fue organizando un sistema en el modo de presentar las peticiones y en el de informar a las familias. Al respecto, por ejemplo, Gasparri escribía a Ferrari señalándole algunas cosas que facilitaban el trabajo y lo hacían más expedito: separar las peticiones de repatriación de las de simple información sobre soldados desaparecidos, etc.; que éstas sean redactadas en forma breve y cada una en folios distintos; que no se omita la dirección exacta del pri-

¹ Cfr. *ibidem*, 40-41.

² La Sagrada Congregación Consistorial señalaba que hubo 4.177 secretariados y oficinas de información en Italia; muchas funcionaban en parroquias, dirigidas por el párroco. Cfr. *L'operato del clero*, 76 y 108.

³ Cfr. QUIRICO, *Fatti*, 40. Fuera de estas oficinas cooperaban religiosos y laicos (como los aristocráticos Marcantonio Colonna y Andrea Boncompagni; cfr. QUIRICO, *Cor paternum*, XXI-XXII) y, sobre todo, religiosas, con una amplia ayuda de mujeres solteras o casadas (*L'operato del clero*, 76, destaca la inmensa ayuda desarrollada por las religiosas, que no están incluidas en las estadísticas presentadas).

⁴ QUIRICO, *Cor paternum*, xxv. Giuseppe Quirico, jesuita, trabajaba en la Oficina Prisioneros de Guerra del Vaticano, cfr. *ibidem*, xv. Sobre el trabajo de cada sección – información sobre italianos, sobre los no italianos; repatriación de italianos, de los no italianos; encargos especiales, etc. – cfr. IDEM, *Fatti*, 42-47. Fotografías de las oficinas y del personal, durante las distintas fases del trabajo desde la atención a las familias – en el patio de san Dámaso – hasta la expedición del correo diplomático en las oficinas que dan a *le logge delle Carte Geografiche*, en IDEM, *Cor paternum*, XXIX-XLIII.

sionero, con su correspondiente número de matrícula; que sean especificados los motivos por los que se pedía la repatriación sin limitarse a datos genéricos como “enfermo”, “casi inválido”, “neurótico”, etc. Si faltaban datos importantes era necesario volver a pedir información detallada para poder realizar las gestiones.¹

En un periódico francés, «La Croix», se publicó un ejemplo del trabajo de la oficina de información del Vaticano:² había llegado a Roma una solicitud sobre el capitán serbio Zivko Zivkovic, prisionero en Salzburgo. Mons. Tedeschini, sustituto de la Secretaría de Estado y director de la Oficina Prisioneros del Vaticano, con fecha 23 de febrero de 1916 enviaba al arzobispo de Salzburgo, Baltasar Kaltner, una carta que consistía en un texto impreso relleno a mano en el que se pedían noticias sobre la salud y las condiciones de la persona indicada. Esta carta fue luego enviada de vuelta al Vaticano con las informaciones debidamente autenticadas: en la segunda página se decía, con fecha 5 de marzo 1916, que se adjuntaba un escrito del oficial serbio (en su lengua) seguido de la traducción al italiano hecha por el capellán del campo; en la tercera página, fechada el 8 de marzo 1916, el capellán Joachim Mayr – dando cuenta de sus gestiones al arzobispo de Salzburgo –, constataba que el capitán serbio se encontraba bien e incluía el régimen alimenticio y el horario de actividades del campo como prueba del trato que se le daba; en la cuarta página, redactada en latín, la carta de la cancillería episcopal de Salzburgo con la que se enviaban estos datos a la nunciatura en Viena (9 de marzo 1916). Luego, el columnista de «La Croix» precisaba que el sistema utilizado entre las nunciaturas y obispados podía variar, pero sustancialmente era el mismo, y que la regularidad con la que llegaba la información dependía de cada país. Por último, advertía que el capellán Mayr había tratado al capitán Zivkovic con la misma cortesía que hubiese tenido hacia un oficial católico.³

Todo este gran trabajo era similar al que realizaba la Agencia Internacional de la Cruz Roja. Entre ambas oficinas, en general, no hubo interferencias pues eran organismos distintos. Por ejemplo, Alemania y Austria-Hungría enviaban listas tanto al Vaticano como a la Agencia.⁴ Las familias podían dirigirse a una u otra instancia para tener noticia de sus prisioneros o para enviarles paquetes. Para muchas de ellas, la Santa Sede era el último recurso cuando los datos recibidos a través de la Cruz Roja no les convencían o ésta ya no podía hacer más para conseguir algo en favor de las víctimas de la guerra.⁵

Es difícil saber si hubo una cierta competencia entre la Santa Sede y el Comité Internacional de la Cruz Roja. Antes de que surgiera la Oficina Prisioneros de

¹ Cfr. carta del card. Pietro Gasparri al card. Carlo Andrea Ferrari, 8 de agosto de 1917, en CEDDIA, *Il cardinal Ferrari*, 136-137.

² Cfr. G. ARNAUD D'AGNEL, *Benoît XV et le conflit européen*, II, Lethielleux, Paris 1916, 331-334.

³ Cfr. *ibidem*, 333-334.

⁴ Inglaterra, Francia e Italia no enviaron ninguna lista oficial al Vaticano, cfr. QUIRICO, *Fatti*, 41.

⁵ Cfr. BECKER, *Oubliés*, 169-170 y 214-215.

Guerra en el Vaticano, habían llegado al papa sugerencias para que desarrollara una importante acción humanitaria: así lo consideraba el diputado francés Denys Cochin, con vistas al restablecimiento de relaciones diplomáticas con Francia;¹ y algunas peticiones aludían a la necesidad de sobrepasar las iniciativas protestantes.² En todo caso, estos dos motivos no explican la amplitud del trabajo de la Santa Sede.

A través de la Oficina Prisioneros de Guerra del Vaticano se atendieron cientos de miles de peticiones.³ Las gestiones a veces podían ser bastante lentas debido a cierre de fronteras, a la falta de datos de la persona que se buscaba o a la multiplicación del trabajo cuando una familia consideraba que, si enviaba más peticiones a favor de una persona, se esforzarían más por encontrarla.

Los italianos fueron los más beneficiados de la acción de la Oficina vaticana, debido a la cercanía física respecto a la Santa Sede y a la particular situación de los prisioneros en Austria-Hungría, aunque no fueron los únicos.

4. Los beneficiados de la acción diplomática y asistencial de la Santa Sede

El papa había manifestado en diversas ocasiones que estaba preocupado y que velaba por todos, como un padre por sus hijos. En la Oficina del Vaticano y en las demás vinculadas a ésta se atendieron todas las solicitudes recibidas sin distinguir la procedencia geográfica, cultural o religiosa de los interesados. Tampoco la asistencia a los prisioneros de guerra excluía a ninguno. Gasparri lo decía explícitamente a los obispos en 1914: la acción benéfica debe llegar a todos los prisioneros sin hacer distinción de religión, de nación o de lengua, con la misma extensión que la caridad de Jesucristo.⁴ En estas últimas palabras estaba el fundamento de la amplia acción humanitaria de la Santa Sede y, esta explícita mención pudo ayudar en más de un caso, porque la Santa Sede – procurando mantener una actitud supranacional –, no olvidaba que contaba con clero nacional en cada país.

¹ Cfr. B. WACHÉ, *Un parlementaire catholique dans la guerre. Denys Cochin*, en CHALINE, *Chrétiens*, 50-51.

² El origen del trabajo desarrollado por la *Mission Catholique Suisse* parece haber sido evitar que la Cruz Roja Internacional, dirigida por protestantes, tuviera el monopolio de la acción caritativa; cfr. BECKER, *Oubliés*, 314. Al parecer, el gobierno federal suizo, en algún momento, percibió la Santa Sede como rival en sus gestiones humanitarias; cfr. V. HAROUËL, *Genève-Paris 1863-1918. Le droit humanitaire en construction*, Société Henry Dunant, Genève 2003, 704.

³ «Se escribieron cerca de 700.000 cédulas blancas y 600.000 coloradas; se recibieron 700.000 peticiones de informaciones y 40.000 de repatriación, se enviaron a las familias cerca de medio millón de comunicaciones» (QUIRICO, *Cor paternum*, 25 [Proemio]).

⁴ «Credo superfluo aggiungere che, quando nel Decreto si parla di prigionieri, Sua Santità intende che non si faccia distinzione né di religione, né di nazione, né di lingua; ma, se l'Eminenza Vostra lo credesse opportuno, voglia, nel trasmetterlo, dichiarare ai singoli vescovi l'intenzione del Santo Padre, affinché l'azione benefica dei sacerdoti indicati nel Decreto abbracci tutti gli sventurati prigionieri con la stessa estensione della carità di Gesù Cristo» (carta del card. Pietro Gasparri a los cardenales arzobispos de las naciones beligerantes, 22 de diciembre de 1914, AAS 6 [1914] 711-712). Esta carta se envió junto con el decreto de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios sobre la atención a los prisioneros por parte del clero (cfr. *supra*, nota 6, p. 327).

Pero además de sentirse padre universal, el papa era particularmente padre de los católicos.

En octubre de 1914 el secretario de estado comenzó a trabajar por la liberación de mons. Andreas Szeptyckyj, arzobispo greco-ruteno de Lemberg, hecho prisionero por los rusos. Gasparri se dirigió al delegado apostólico en los Estados Unidos para que, a través del gobierno americano, se tratara con el gobierno ruso en favor del arzobispo.¹ Se intentó varias veces conseguir su libertad y que fuera enviado a Canadá a ejercer su ministerio entre los fieles de su rito.² Año y medio después, el gobierno español intervino ante el gobierno ruso proponiendo un intercambio de prisioneros: el periodista ruso Dimitri de Jantchevsky y el arzobispo.³ Pero el asunto no mejoraba, por lo que Gasparri escribió al ministro de asuntos exteriores de Rusia, Serge Sazonov, pidiendo la liberación de Szeptyckyj que, en ese tiempo, había sido totalmente aislado.⁴

También en 1914 comenzó una gestión sobre sacerdotes austriacos prisioneros en Francia. La situación era anormal, porque en Austria-Hungría el clero no había sido enrolado, por lo tanto no se trataba de prisioneros militares. La información proveniente del embajador austriaco mencionaba a seis por sus nombres, pero se trataba de un grupo más grande. Estos sacerdotes, además de sufrir la privación de la libertad, eran obligados a realizar trabajos manuales “du plus bas ordre” y no les era permitido ejercer su ministerio, ni celebrar la misa. En la carta, Gasparri indicaba a Amette que, así como ya se habían hecho gestiones en favor de los sacerdotes franceses prisioneros en Alemania, era ahora necesario acudir en favor de estos austriacos – cuya detención no se entendía porque no eran militares – para que fueran tratados conforme a su carácter sacerdotal, es decir, que pudieran cumplir sus obligaciones y no se les impidiera el consuelo de celebrar la misa. Amette informaba al secretario de estado vaticano que los austriacos serían trasladados a recintos de prisioneros civiles de la misma nacionalidad. Gasparri le agradecía la gestión pero le hacía ver que no había motivo para que estuvieran detenidos, porque no eran “movilizables” en Austria-Hungría, y que, por tanto, había que repatriarlos.⁵

El primer objetivo de las visitas a los campos de prisioneros era asegurar la atención sacerdotal de los reclusos, es decir, la atención sacramental de los católicos y prestar asistencia espiritual a los demás.⁶ La ayuda material iba dirigida

¹ Cfr. carta del card. Pietro Gasparri a mons. Giovanni Bonzano, delegado apostólico en los Estados Unidos de América, 16 de octubre de 1914, en *L'opera della Santa Sede*, 255.

² Cfr. carta del card. Pietro Gasparri a mons. Stefano Sotero Ostynski, obispo de los ruteno-católicos en los Estados Unidos de América, 20 de enero de 1916, en *ibidem*, 226-227.

³ Cfr. carta del card. Gasparri a Dmitri Nelidow, ministro de Rusia ante la Santa Sede, 22 de abril de 1916, en *ibidem*, 255-256.

⁴ Cfr. *ibidem*, 257-258. El arzobispo Szeptyckyj fue liberado por el gobierno provisorio, después de la caída del zar.

⁵ La correspondencia se encuentra en *ibidem*, 258-261.

⁶ Por ejemplo, en la revista «Nouvelles» se informaba que los prisioneros de guerra franceses en el campo de Sennelager no habían podido cumplir sus deberes religiosos dominicales; el Comité Internacional de la Cruz Roja lo había comunicado a la Cruz Roja de Berlín y ésta contestaba que el obispo de Paderborn había dado 25.000 marcos para la construcción de una iglesia que pudiera con-

– en lo posible – a todos; sin embargo, muchas veces el número de paquetes se hizo insuficiente, caso en el que se intentaba atender a los que tuviesen mayor necesidad.

Los prisioneros civiles fueron una novedad en la Gran Guerra del '14. Su situación no estaba contemplada en ninguna de las convenciones internacionales, no tenían estatuto, y por ende las organizaciones humanitarias no podían hacer valer ninguna ley específica en su defensa.¹ La Santa Sede se dedicó – al igual que hacía con los prisioneros de guerra – a buscar información de los civiles detenidos y ponerlos en contactos con sus familias. También promovió diversas iniciativas para repatriarlos o, al menos, para mejorar su condición en el encierro.²

En enero de 1915, pocos días después del éxito de la iniciativa de liberación de los prisioneros militares inválidos, la Santa Sede propuso el intercambio de los prisioneros civiles. Se trataba liberar a todos los que no eran movilizables en el ejército y por eso el proyecto consistía en dejar volver a su patria a todas las mujeres, a los niños y jóvenes menores de 17 años, a los adultos mayores de 55 años, a los adultos menores de 55 años que eran médicos, cirujanos, sacerdotes, o inhábiles al servicio militar por enfermedad u otro motivo.³

Dentro de un mes, llegó al Vaticano la respuesta positiva de los distintos gobiernos; sin embargo, la puesta en práctica no fue sencilla ni rápida. Algunos países ya habían iniciado negociaciones en esta línea, como Rusia y Serbia. Alemania había perdido – al comienzo de la guerra – el libre paso de ciudadanos de diversas naciones beligerantes, pero sólo Japón y Serbia habían adherido a esa propuesta. Entre Alemania, Gran Bretaña y Rusia ya se había hecho un intercambio de médicos y de sacerdotes. Francia se mostró dispuesta a liberar civiles pero exigía como condición que Alemania y Austria-Hungría dejaran de violar

tener 1.400 fieles. En el campo, según informaba la revista, cada domingo se celebraban cuatro misas, para los prisioneros que quisieran asistir; además, había misa diaria a la que también eran libres de asistir los prisioneros franceses. Para los de religión evangélica había culto dominical dos veces al mes. Cfr. «Nouvelles» 29 (5 de agosto de 1916) 223.

¹ Las convenciones trataban del respeto a la propiedad privada, prohibían emplear a los civiles contra el esfuerzo de guerra de su propia patria y la deportación, pero no contemplaban la situación de prisioneros civiles. Cfr. BECKER, *Oubliés*, 57, 158, 229.

² El card. von Hartmann en una de sus cartas a la Secretaría de Estado trataba de la condición de los civiles en el campo de Holzminden. Por el informe que adjuntaba se deduce que se pensaba que los civiles estaban reclusos en condiciones de promiscuidad, lo que no era así según los datos que enviaba, cfr. *L'opera della Santa Sede*, 161. Los delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja manifestaban su descontento por las condiciones de los prisioneros civiles (tratos duros, vejaciones), pero sin ninguna atención particular, cfr. BECKER, *Oubliés*, 95-96.

³ Las convenciones internacionales preveían la repatriación de los médicos y personal sanitario del ejército, pero esto no fue respetado debido al servicio que los mismos prestaban en favor de sus connacionales en prisión. Fue necesaria la intervención de la Santa Sede y del Comité Internacional de la Cruz Roja para conseguir la liberación de mujeres, ancianos y niños durante toda la guerra, cfr. BECKER, *Oubliés*, 199-200, 244. Respecto a las gestiones de la Santa Sede para la repatriación de civiles, éstas se iniciaron con una carta del card. secretario de estado a los representantes diplomáticos de los beligerantes ante la Santa Sede, fechada el 11 de enero de 1915, cfr. *L'opera della Santa Sede*, 50-51. Al ministro inglés, a petición suya, se le explicó que en la categoría de "sacerdote" se consideraba el clero de cualquier religión, no sólo de la católica (cfr. *ibidem*, 51-52).

el derecho de gentes;¹ en represalia, había decidido arrestar a los varones movilizables de esas nacionalidades y, para firmar un acuerdo de liberación, pedía el retorno de la población francesa desterrada. El gobierno belga aseguraba haber repatriado a todos los ciudadanos de los Imperios Centrales que estaban en su territorio y mantenía las protestas por la deportación de los belgas a Alemania.²

A raíz de la iniciativa pontificia comenzaron negociaciones entre Alemania y Gran Bretaña. Las dificultades que surgieron entre ambas potencias para poder establecer un acuerdo fueron solucionadas por mediación de la Santa Sede.³

La compleja situación de los civiles se manifestó en las negociaciones entre el Imperio Germánico y Bélgica, por mediación del Vaticano,⁴ a las que se añadieron intervenciones, a través del cardenal von Hartmann y luego del nuncio Pacelli, en favor de personas singulares de nacionalidad belga.

Francia respondió a la iniciativa de intercambio de detenidos civiles un año después de recibir la propuesta de la Santa Sede. Aceptó retener en el país sólo

¹ Francia decía frecuentemente tener pruebas de las violaciones a las normas de derecho internacional. Benedicto XV recibía noticia de ello y en algunos casos se preocupó de verificarlo. A Monti le comentó que se había preguntado al Comité Internacional de la Cruz Roja por algunos hechos y que éste no podía ni negarlos ni confirmarlos (cfr. *Diario Monti*, 6 de enero de 1916); meses más tarde, le dijo que muchas veces los militares alemanes actuaban con crueldad pero que también había exageraciones en las noticias que se daban (cfr. *Diario Monti*, 7 de agosto 1916). Filippo Crispolti recordaba una audiencia privada en la que uno de sus acompañantes había preguntado al papa por qué se conformaba con condenar en general las injusticias, a lo que Benedicto XV contestó porque no se tenía certeza de su veracidad y mencionó dos episodios de la ocupación alemana de Bélgica de los que se daban incluso detalles: el asesinato de un vicario general belga quien recientemente le había escrito desde Holanda, y luego el caso de los abusos contra quinientas religiosas belgas – asunto que el papa encargó comprobar al primado belga Mercier – que en realidad sólo habían sido dos, pero tampoco estaba claro que hubieran sido víctimas involuntarias (cfr. F. CRISPOLTI, *Nel decennio della morte di Benedetto XV [22 gennaio 1932]*, «Nuova Antologia» 359 [1932] 53). Abbal señala que la imagen de una Alemania cruel y sanguinaria durante la primera guerra mundial es un mito (cfr. ABBAL, *Les prisonniers*, 15-19).

² Sobre las respuestas de las potencias a la propuesta pontificia, cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 23-30, 238-244.

³ La edad límite para el servicio militar era diferente en cada nación: Gran Bretaña la había puesto en los 55 años, en cambio Alemania en los 45. Por eso, el gobierno alemán pedía que Gran Bretaña liberara los civiles que tuviesen sobre 45 años, en lo que no cedía el gobierno británico (los consideraban en edad de servicio militar). Más tarde, Gran Bretaña se quejaba del trato dado a los 20.000 británicos prisioneros en Alemania, y ésta por su parte, del trato dado a los tripulantes de naves alemanas prisioneros en Inglaterra (que no eran más de cincuenta) poniendo en riesgo las negociaciones en favor de la liberación de los detenidos civiles. La Santa Sede intervino para solucionar cada dificultad: los prisioneros civiles inhábiles para el servicio militar serían repatriados sin límite de edad, en cambio se mantenía la edad límite – según cada país – para la repatriación de los civiles hábiles; en esto último Gran Bretaña no había cedido. Transcurrieron casi diez meses en todas estas gestiones (enero a octubre de 1915). Cfr. *ibidem*, 32-38, 239-268.

⁴ Bélgica había adherido a la propuesta pontificia añadiendo una protesta por la deportación de población civil que Alemania estaba realizando. El gobierno imperial por su parte había comunicado al belga que los ciudadanos de esa nacionalidad que estaban en Alemania habían podido volver a su patria salvo los que eran criminales o sospechosos (para los belgas eran ciudadanos comunes, patriotas). Bélgica insistía en favor de sus ciudadanos – aquéllos que residían en territorio alemán al momento de estallar la guerra y los deportados, o “evacuados” según Alemania – para lo que pidió también la intervención del gobierno español. Cfr. *ibidem*, 40-52, 269-285.

a los varones entre 17 y 55 años. En estas negociaciones habían intervenido también España y Suiza. El primer intercambio de detenidos civiles se realizó en febrero de 1916: más de 1.600 franceses y 300 alemanes fueron repatriados.¹

Las gestiones con el Imperio Otomano fueron más difíciles. La Sublime Puerta se mostró dispuesta pero exigía absoluta reciprocidad: uno por uno.²

En todas las negociaciones sobre prisioneros civiles no se mencionó jamás la religión de los que serían repatriados.

Otras gestiones de la Santa Sede tuvieron como objetivo la provisión de alimentos de las regiones más afectadas, por ejemplo, las zonas ocupadas. En éste, como en otros casos, la aplicación de la convención de La Haya según la cual el ocupante debía encargarse del sustento de la población de ese territorio, repercutió negativamente en la suerte de esos habitantes. Francia hasta 1916 negaba el paso de alimentos a las regiones ocupadas del norte y la misma dificultad puso el gobierno italiano para el abastecimiento de las zonas ocupadas por los austrohúngaros después de la derrota de Caporetto, sabiendo que Alemania y Austria-Hungría no eran capaces de abastecer sus propios territorios por el bloqueo que sufría. Polonia, Montenegro y Luxemburgo también tuvieron problemas de alimentación; la Santa Sede se dirigió a los respectivos gobiernos para conseguir el abastecimiento de víveres de las provincias afectadas.³

¹ Tal como lo exigía Francia, antes de acordar un intercambio de civiles fue necesario que los franceses de zonas ocupadas pudieran estar en las zonas libres. Un mes antes del primer intercambio, 20.000 franceses del norte pudieron pasar al sur de Francia, a través de Suiza. Respecto a los detenidos civiles que no quedaban beneficiados por el acuerdo, Suiza ofreció hospitalizar a los enfermos; esta posibilidad, aunque aceptada por ambas partes, debió superar otras dificultades de orden práctico. Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 60-61, 297-298. La diferencia de número entre los repatriados se debe a que los países de la Entente insistían en intercambios según categoría, a lo que terminaba cediendo Alemania; las autoridades alemanas hicieron un esfuerzo importante en este sentido, en todas las negociaciones de este tipo, cfr. BECKER, *Oubliés*, 207, 209.

² En 1915, a raíz de la propuesta pontificia, Gran Bretaña pidió la liberación de todos los prisioneros ingleses aunque sólo tenía dos otomanos; el gobierno otomano no accedió a esa petición. Francia y Rusia no se pronunciaron sobre la disponibilidad otomana a liberar civiles. Cuando la Santa Sede intervino en favor de franceses retenidos, residentes en Beirut, Damasco y Urfa, el gobierno otomano respondió que, debido a la falta de respuesta del gobierno correspondiente, no podía adherir a los deseos de la Santa Sede. En julio de 1916 el gobierno británico dispuso la repatriación de los prisioneros civiles otomanos, la Santa Sede pudo entonces indicar a Dolci que obtuviera de la Sublime Puerta el acuerdo para repatriar a los inhábiles al servicio militar. Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 53-59, 291-295.

³ El presidente del comité de la *Fraternelle des Prisonniers de Guerre de Roubaix et Tourcoing* propuso a Suiza organizar el abastecimiento de las regiones francesas ocupadas. La Santa Sede debió apoyar esa gestión e intervenir ante el gobierno francés – a través de Amette – y ante el alemán para que se permitiera el transporte de alimentos a esas zonas; las gestiones ocuparon el mes de mayo de 1916 (cfr. QUIRICO, *Fatti*, 18-19). Desde Polonia tanto el obispado como el Comité General de Socorro para las Víctimas de la Guerra se dirigieron a la Santa Sede en febrero de 1916 para pedir ayuda en especie; era necesario conseguir salvoconductos para el paso de las provisiones y eliminar desconfianzas, porque Gran Bretaña – por ejemplo – sospechaba que los alimentos no llegarían a los polacos sino que serían apropiados por los alemanes. Las garantías fueron aseguradas en mayo de ese año (cfr. *L'opera della Santa Sede*, 139-143 y QUIRICO, *Fatti*, 16-17). Más difícil fue conseguir las autorizaciones de Austria-Hungría y de Italia para la provisión de Montenegro; la iniciativa había nacido del comité de ayuda de la Cruz Roja en favor de Montenegro, en Londres, que pedía además que la distribución

En favor de la población civil el Vaticano intervino también para impedir que fueran bombardeadas ciudades abiertas o indefensas, al menos las que estaban fuera de las zonas de batalla;¹ envió una importante ayuda para rehacer el patrimonio de la biblioteca de la Universidad de Lovaina;² colaboró con un subsidio mensual a favor de familias italianas de Lieja,³ etc.

En territorios del Imperio Otomano la situación de los católicos era precaria desde que estalló la guerra. El gobierno turco había declarado abolidas las capitulaciones, es decir, el sistema por el que se reconocían a Francia unos ciertos derechos de protección a los católicos en el imperio (que, por otra parte, no eran muy eficaces). Eso significaba que no regían las leyes cristianas en favor de los cristianos sino que éstos serían juzgados según la ley vigente, es decir, musulmana.⁴ El delegado apostólico debía conseguir tratar directamente con el gobierno, sin intermediarios, acerca de los católicos. Y ante lo que ocurría con los armenios, Benedicto XV le pidió que lo mantuviera informado.

Los turcos habían acusado a los armenios de cooperar con los invasores rusos y desde abril comenzaron las fucilaciones y deportaciones en masa; en realidad, para el gobierno otomano, en manos del grupo nacionalista Jóvenes Turcos, la cuestión armenia era clave para consolidar la unidad territorial y político-religiosa del Imperio y ésta se resolvería haciendo desaparecer ese pueblo.⁵ La San-

de víveres se hiciera bajo el control del arzobispo de Antivari y de un representante de España. Las gestiones que se iniciaron en abril de 1916 pudieron concretarse en ¡1918! (cfr. *L'opera della Santa Sede*, 151-155 y QUIRICO, *Fatti*, 17-18). La iniciativa de acudir en ayuda de Luxemburgo nació de la Santa Sede, en junio de 1915 (cfr. *L'opera della Santa Sede*, 209-216). Respecto a las zonas italianas, la petición de ayuda provino de los obispos de la región ocupada. La autorización del gobierno austriaco fue dada a mediados de julio de 1918 y la del gobierno italiano al mes siguiente. El envío se concretó con éxito, también se enviaron medicinas (cfr. *Diario Monti*, 14 de julio de 1918, 18 de agosto de 1918 y 25 de octubre de 1918).

¹ Cfr. QUIRICO, *Fatti*, 10-11. El Diario del barón Monti recoge la continua preocupación del papa y de Gasparri por evitar los bombardeos aéreos de las ciudades. La Santa Sede había preparado un posible acuerdo entre Italia y Austria-Hungría para limitar las incursiones aéreas pero no se concretó; en todo caso, las continuas protestas de la Santa Sede evitaron desastres mayores.

² El 8 de mayo de 1915 Gasparri escribía al presidente de la Cámara de Representantes de Bélgica comunicándole que el papa había destinado a la Universidad de Lovaina no sólo las publicaciones de la Biblioteca Vaticana sino todas las obras que estuviesen ahí disponibles. Cfr. *L'opera della Santa Sede*, 207.

³ Cfr. QUIRICO, *Cor paternum*, CLIX. Fueron muchas las gestiones que la Santa Sede realizó en relación con Bélgica, porque fueron muchos también los abusos cometidos durante la invasión, cfr. QUIRICO, *Fatti*, 30-34; DE VOLDER, *Benoît XV*, 65-66.

⁴ En noviembre de 1914 Gasparri comunicaba a la Santa Sede que el gobierno otomano había amenazado confiscar los conventos, escuelas, orfanatos, etc. (primero en Tierra Santa y luego en Líbano y Siria) porque eran considerados bienes franceses. Después de diversas gestiones, en mayo de 1915 desapareció el peligro inmediato de confiscación aunque permanecía la vigencia de la ley. Sobre la situación general, cfr. D. FABRIZIO, *Il protettorato religioso sui cattolici in Oriente: la questione delle relazioni diplomatiche dirette tra Santa Sede e Imperio Ottomano 1901-1918*, «Nuova Rivista Storica» 82 (1998) 583-626.

⁵ Sobre el tema, cfr. Y. TERNON, *Les Arméniens. Histoire d'un génocide*, Seuil, Paris 1977; A. RICCARDI, *Benedetto XV e la crisi della convivenza multireligiosa nell'Impero Ottomano*, en RUMI, *Benedetto XV e la pace*, 104-121; V.N. DADRAN, *Storia del genocidio armeno. Conflitti nazionali dai Balcani al Caucaso*, Guerini, Milano 2003; S. DE COURTOIS, *The Forgotten Genocide. Eastern Christians, The Last Arameans*,

ta Sede recibía noticias a través de la diplomacia italiana, de religiosos armenios en Italia y de los comité de ayuda a los armenios en Europa y Estados Unidos. El 10 de septiembre de 1915 el papa escribía al sultán Mahoma V mientras que el secretario de estado lo hacía a los gobiernos de Alemania y Austria-Hungría – sus aliados en la guerra – para que presionaran ante el gobierno otomano y se pudieran evitar las masacres que se estaban realizando. Lamentablemente estas gestiones no fueron suficientes y el sultán daba la misma respuesta oficial: estaban ante una conjura que debían reprimir totalmente.¹ Por unos meses la situación se calmó pero luego continuaron las deportaciones y las reclusiones en campos de concentración. A fines de 1915 había muerto un millón de armenios, el medio millón restante desapareció al año siguiente, parte por haberse convertido al islam.²

En 1916 se repitieron las intervenciones de Dolci y de los nuncios ante los gobiernos imperiales de Alemania y Austria-Hungría para evitar – esta vez – el exterminio de los cristianos de Siria y Líbano.³

Al año siguiente las relaciones de Dolci con el gobierno otomano iban en la línea de separar a los cristianos del problema de la unidad política del estado mostrando que la Santa Sede y la Iglesia Católica eran autónomas respecto de las potencias beligerantes católicas.⁴

En 1918, después de la retirada rusa de las zonas limítrofes del imperio, varias provincias de Anatolia pobladas por armenios y cristianos de otra procedencia étnica quedaron bajo el gobierno otomano: murieron obispos, sacerdotes, misioneros, católicos latinos y caldeos. Nuevamente Benedicto XV se dirigió por escrito al sultán, pidiendo protección para los armenios, y desde la Santa Sede se pidió a los gobiernos de Alemania y Austria-Hungría que presionaran en el mismo sentido (la exhortación se refería a los cristianos en general).⁵ La respuesta del sultán Rechid V señalaba que no había armenios en la zona pero que persistía la actividad de bandas armenias que masacraban población turca.

Gorgias, New Jersey 2004; T. AKÇAM, *Nazionalismo turco e genocidio armeno. Dall'Impero ottomano alla Repubblica*, Guerini, Milano 2005; G. LEWY, *Il massacro degli armeni. Un genocidio controverso*, Giulio Einaudi, Torino 2006; M. FLORES, *Il genocidio degli armeni*, Il Mulino, Bologna 2006.

¹ En la carta al sultán, Benedicto XV pedía que interviniera para evitar la matanza; si había individuos culpables que se los juzgara y castigara, pero que no se incluyera en ello toda una población inocente. Por voluntad de la Santa Sede la prensa se hizo eco de la intervención para influir en la opinión pública y hacer presión en favor de los armenios. La Secretaría de Estado encargó gestiones a los nuncios en Viena y Baviera para implicar a los gobiernos respectivos (2 de octubre de 1915). Austria estaba convencida de que era poco influyente en Constantinopla y la intervención alemana ante el gobierno se mantuvo en silencio en Turquía. Cfr. RICCARDI, *Benedetto XV*, 104-107.

² Cfr. *ibidem*, 108-109.

³ Cfr. *L'opera de la Santa Sede*, 245-249.

⁴ Tarea no fácil cuando, a raíz de la toma de Jerusalén por parte de los Aliados en noviembre de 1917, en Roma sonaron campanas de fiesta (salvo en la basílica de San Pedro). Dolci no dejó de intervenir en favor de armenios condenados a muerte, con distinta suerte. Cfr. RICCARDI, *Benedetto XV*, 112-114.

⁵ Esta vez Gasparri se dirigió a los presidentes de consejo de Austria-Hungría, Baviera y Berlín. Después de resumir los pasos de la Santa Sede en esta materia, el cardenal insistía en la necesaria intervención por parte de las potencias aliadas del Imperio Otomano. Cfr. *ibidem*, 115-116.

Mientras, los patriarcas orientales informaban a Roma de la situación desastrosa en la que se encontraban; consideraban que mantenerse bajo un dominio musulmán, turco o árabe, era peligroso; la esperanza, en cambio, estaba en los mandatos de las potencias europeas o en la independencia. Para la Santa Sede, a la situación de inestabilidad política y social de la inmediata posguerra se añadía la falta de un interlocutor en el gobierno otomano.¹

Es poco lo que se sabe aún de la acción humanitaria de Benedicto XV en favor de las víctimas de la Gran Guerra en Asia Menor, pero un hecho significativo fue la inauguración de una estatua suya en una plaza de Constantinopla, el 11 de diciembre de 1921, con la siguiente inscripción en italiano: «Al grande pontefice dell'ora tragica mondiale – Benedetto XV – benefattore dei popoli – senza distinzione di nazionalità e di religione – in segno di riconoscenza».²

También los judíos acudieron a la intervención de Benedicto XV, al menos en dos momentos: a fines de diciembre de 1915, desde Estados Unidos le rogaron que impidiera de alguna manera las pasiones desenfrenadas que se desataban en su contra con ocasión de la guerra, y en 1917 desde Suiza la comunidad israelita pidió la protección de los lugares y de la población judía en Jerusalén.³

La Santa Sede no se interesó sólo por los pueblos sino también por personas singulares e intervino numerosas veces para conseguir la conmutación de la pena de muerte o mejorar sus condiciones de detención;⁴ repatriar prisioneros especialmente si no había acuerdo entre los estados involucrados; en fin, para enviarles dinero.⁵ Las personas beneficiadas eran de diversa condición, no sólo en cuanto a nacionalidad o religión, como ya se ha visto, sino también social.⁶

¹ Armenia declaró su independencia el 28 de mayo de 1918 pero los turcos continuaron diezmando la población, cfr. GILBERT, *La primera guerra mundial*, 553. El 9 de marzo de 1921, Kemal Atatürk, el fundador de la Turquía moderna, se dirigió directamente a Benedicto XV ofreciendo amplias garantías basadas en la igualdad de todos los ciudadanos; cfr. RICCARDI, *Benedetto XV*, 117.

² A. DURANTE, *Benedetto XV*, Ave, Roma 1939, 122. Entre las ayudas pontificias, se conoce la construcción de un orfanato armenio en Constantinopla que se llamaba Benedicto XV, cfr. QUIRICO, *Cor paternum*, CLX.

³ La carta de los judíos de Estados Unidos (30 de diciembre de 1915) y la respuesta del card. Gasparri (9 de febrero de 1916) en ARNAUD D'AGNEL, *Benoît XV*, 334-337. Sobre la intervención del nuncio Pacelli ante el gobierno alemán para conseguir que efectivamente el gobierno turco respetara la población y la ciudad de Jerusalén en 1917, cfr. VALENTE, *La nunziatura*, 272-273 y TORNIELLI, *Pio XII*, 94 (los autores usan fuentes diversas: el primero los archivos vaticanos y el segundo los archivos sionistas de Jerusalén).

⁴ Quirico publicó las fotografías de decenas de civiles belgas condenados a muerte y de varios eclesiásticos orientales deportados (algunos no católicos), cfr. QUIRICO, *Cor paternum*, CLIV-CLVII. En *L'opera della Santa Sede*, 255-322, fueron publicados cartas, telegramas, informes, etc., que se refieren a peticiones y respuestas sobre personas singulares; entre ellas la condonación de la pena de muerte del periodista ruso Jantchevsky y otras seis personas conjuntamente acusadas de alta traición por el gobierno austrohúngaro, en 1915; la liberación de dos señoras ancianas retenidas en Salzburgo (Austria); la liberación de doce italianos apresados en Constantinopla, acusados de correspondencia secreta.

⁵ Cfr. carta del card. Pietro Gasparri a mons. Andreas Frühwirth, nuncio apostólico en Munich, 29 de octubre de 1915, en *ibidem*, 220.

⁶ Por ejemplo, la carta en la que Gasparri pide la repatriación de siete militares de distinta condición (oficiales y soldados) y procedencia social, algunos prisioneros por largo tiempo, otros grave-

Las comunicaciones de los obispos y de los nuncios a veces trataban de temas diplomáticos junto con gestiones sobre individuos: noticias, intervenciones a favor de ellos, etc.¹

El trabajo en las nunciaturas y en las curias episcopales más involucradas en la acción humanitaria de la Santa Sede era enorme. El trabajo del nuncio Pacelli, por ejemplo, consistía principalmente en gestiones a favor de civiles de nacionalidad inglesa, francesa, rusa, italiana, belga, japonesa, serbia, portuguesa y estadounidense que habían sido condenados y deportados en Alemania; así como a favor de alemanes que habían sufrido la misma suerte en Francia, Rusia, Bélgica, Japón, Serbia, Rumania e Italia. Realizaba tareas de asistencia religiosa y de ayudas en dinero y especie para prisioneros en campos de concentración; preparaba listas de prisioneros y diversos datos que la nunciatura transmitía – como intermediario – a la Oficina Prisioneros de Guerra del Vaticano o a la oficina de Paderborn.²

Por su parte, desde la Oficina Prisioneros vaticana se contestaban todas las peticiones recibidas. A veces las respuestas seguían un modelo estandarizado o se utilizaban formularios semiimpresos, pero se respondía siempre.³

5. Dificultades, límites y fracasos. Los prisioneros italianos

El trabajo diplomático y asistencial no estuvo exento de dificultades. La lentitud del correo y la burocracia eran algunas de ellas, no poco importantes para asuntos urgentes.⁴

mente heridos o enfermos. La petición está dirigida a Otto von Mühlberg, ministro de Prusia ante la Santa Sede, y fechada el 24 de marzo de 1916. La respuesta de von Mühlberg, brevísima, del 16 de junio de ese año, comunicaba la hospitalización en Suiza de tres de ellos gracias a la intervención de la Santa Sede. Cfr. *ibidem*, 316-318.

¹ El 7 de marzo de 1917, Pacelli – entonces secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios – se dirigía a von Hartmann, arzobispo de Colonia. Después de largos párrafos sobre la imparcialidad de la Santa Sede y la acogida a la oferta de paz alemana le agradecía «per quanto vostra eminenza ha fatto a favore del luogotenente Joseph Charette e del luogotenente Maurits de Boiresson; mentre le accuso ricevimento della pregiatissima lettera del 25 febbraio riguardanti i prigionieri inglesi» (SCOTTÀ, *La conciliazione*, 1, 123). El arzobispo de París, Amette, al dirigirse a Gasparri sugiriendo intervenir ante los gobiernos beligerantes para hospitalizar en algún país neutro a los prisioneros heridos terminaba diciendo: «Pour faire suite à la dernière lettre de Votre Eminence, j'essaie d'obtenir le rapatriement du Cistercien Autrichien interné à Thymadeuc» (carta del 16 de marzo de 1915, en *L'opera della Santa Sede*, 94). El nuncio en Viena, Valfrè di Bonzo, después de tratar sobre el intercambio a vasta escala de prisioneros entre Austria-Hungría e Italia, pedía por el prisionero Paolo Schwab, internado en Asinara (cfr. carta del 3 de julio de 1918, en QUIRICO, *Il Vaticano*, 422).

² Cfr. VALENTE, *La nunziatura*, 284-285. Después del armisticio, el nuncio se dedicó a una serie de gestiones para conseguir la extensión de la amnistía concedidas por las autoridades alemanas en favor de condenados políticos y de internados belgas, a prisioneros franceses, ingleses e italianos. También se preocupó de la repatriación de los alemanes internados en Rusia. Cfr. *ibidem*, 285, nota 64.

³ Cfr. BECKER, *Oubliés*, 169-170.

⁴ En la correspondencia de Benedicto XV con el nuncio Valfrè di Bonzo se encuentran datos de las dificultades de correo: las cartas se demoraban casi treinta días porque debían pasar por Suiza, viaje que se hacía dos veces al mes desde Viena. Para tratar asuntos importantes como la gestión de repa-

Las relaciones con los estados estaban llenas de sutilezas, propias del trabajo diplomático, acentuadas entonces por la susceptibilidad de un periodo de guerra. Por ejemplo, en el intercambio de prisioneros inhábiles o enfermos los gobiernos exigían reciprocidad pero a la vez negociaban para obtener más beneficios o para evitar que los obtuviera el enemigo; en los diálogos con el gobierno alemán para conseguir la liberación de prisioneros civiles belgas o con el gobierno otomano respecto a la persecución de los armenios fue difícil llegar a un entendimiento debido al diferente sentido que se daba a algunos términos, etc.

Desde el Vaticano había que sostener el ánimo y el trabajo de los diplomáticos eclesiásticos de modo que las gestiones no decayeran por el peso de los problemas.¹

Las contradicciones y trabas no afectaban de lejos a la Santa Sede. Aunque ésta intentaba mantener buenas relaciones con el gobierno italiano, no se podían borrar décadas de confrontación, por mucho que el objetivo de las negociaciones fuera una tarea humanitaria dirigida también a no cristianos. Algunos miembros del gobierno italiano querían evitar a toda costa que aumentara el prestigio del papado de modo que la Cuestión Romana fuera llevada a una sede internacional – como era, al inicio, el objetivo del romano pontífice – y con ello perdiera fuerza el proyecto político anticlerical y liberal del reino. A comienzos de 1916 la Santa Sede constataba esta actitud: Gasparri escribía al arzobispo de Colonia informándole que el gobierno italiano promovía un boicot contra el Vaticano pidiendo a sus aliados no hacer ninguna petición a los Imperios Centrales a través de la Santa Sede; haciendo caso omiso de la cuestión, el gobierno pontificio continuaría su tarea.² A fines de ese año explotaba un caso de espionaje que involucraba a la Santa Sede pues el camarero secreto del papa era acusado de servir a los Imperios Centrales.³ Más adelante, el papa se enteraba de que la legación italiana en Suiza hacía revisar todo el correo diplomático del Vaticano.⁴ En mayo de 1918, Benedicto XV se lamentaba de una campaña de calumnias

triación de un prisionero, las negociaciones para evitar el bombardeo de ciudades, o la autorización del gobierno austriaco para enviar alimentos a las zonas ocupadas en el norte de Italia, se usaban telegramas. Benedicto XV ofreció al nuncio usar el correo con la Santa Sede para enviar cartas a la familia. Cfr. RUMI, *Benedetto XV, un epistolario inedito*, 61-63, 65 y 69.

¹ Cfr. carta del card. Pietro Gasparri a mons. Teodoro Valfrè di Bonzo, nuncio en Viena, 7 de octubre de 1918, en *ibidem*, 75-76.

² Cfr. carta del card. Pietro Gasparri al card. Felix von Hartmann, 12 de enero de 1916, en SCOTTÀ, *La conciliazione*, I, 115-116.

³ Mons. Rudolf von Gerlach, camarero personal del pontífice, de origen bávaro, fue acusado de espionaje en favor de los Imperios Centrales en diciembre de 1916. El caso ocupó por meses a la Santa Sede porque estaba en juego su autoridad y prestigio ante el mundo. Benedicto XV decidió enviar a Gerlach a Suiza, donde mantuvo su papel de contacto informal con Alemania. Cfr. RENOTON-BEINE, *La colombe*, 59-62, 179-180; SCOTTÀ, *Giacomo Della Chiesa*, 689, nota 121; *Diario Monti*, especialmente en junio de 1917.

⁴ Por encargo del ministro de asuntos exteriores, Sidney Sonnino. Cfr. *Diario Monti*, 25 de noviembre de 1917 y 14 de mayo de 1918.

contra su persona, su obra y contra algunos eclesiásticos, difundida en ciudades y campos de Italia.¹

Las negociaciones que el papa promovió en favor de la hospitalización de los prisioneros enfermos no inválidos no tuvieron éxito en Italia. Desde 1915 hasta 1918, es decir, durante cuatro años – mes tras mes – el papa o el secretario de estado hablaban con Monti para buscar el modo en que el gobierno accediera a la propuesta de hospitalización de los llamados *petits blessés*.

Los demás estados beligerantes habían llegado a acuerdos sobre el intercambio de prisioneros inválidos (*grands blessés*) a partir de enero de 1915, salvo Italia y Austria-Hungría, que pudieron concretarlo a fines de 1916 gracias a la Cruz Roja y al Vaticano.² No lo hubo, sin embargo, entre Italia y Alemania.³

En Italia y en el Vaticano se sabía que los prisioneros italianos estaban mal, condición que era fácil de suponer por el bloqueo que sufría Austria-Hungría. Su situación empeoró después de la batalla de Caporetto por el gran número de prisioneros italianos capturados por los austrohúngaros en pocos meses (casi 300.000, que se añadían a los ya 150.000). Pasaban frío y hambre, estaban en malas condiciones higiénicas por el hacinamiento; el tifus y la tuberculosis se extendieron con rapidez.⁴ Lo informaban los nuncios en sus informes, lo advertía el Comité Internacional de la Cruz Roja,⁵ los Aliados y los mismos estados captores. El gobierno de Roma insistía en que Austria-Hungría y Alemania debían proveer a las necesidades de los prisioneros conforme a las convenciones internacionales por lo que no hizo nada por mejorar la situación de los italianos: debían bastar los paquetes que enviaban las familias. Pero este sistema había colapsado por la falta de coordinación y manejo.⁶ Francia y Gran Bretaña, para

¹ Cfr. carta *Maximas inter* al card. Carlo Andrea Ferrari y a los demás obispos de la región lombarda, 22 de mayo de 1918, AAS 10 (1918) 273-275. Esta fue la situación que debió de llevar a la Santa Sede a dar a conocer su acción humanitaria, cfr. G. JARLOT, *Doctrine pontificale et histoire. L'enseignement social de Léon XIII, Pie X et Benoît XV vu dans son ambiance historique (1878-1922)*, Université Grégorienne, Rome 1964, 387.

² Una de las razones que obstaculizaban llegar a una convención era el rechazo de Italia de extenderlo a los prisioneros austrohúngaros en Asinara. Gracias a este acuerdo, volvieron a Italia 1.162 oficiales, 14.973 soldados y 18 civiles. Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 233.

³ El nuncio Pacelli mantuvo una intensa correspondencia con el Vaticano y con el gobierno de Berlín para encaminar las negociaciones entre ambos estados. Sin embargo, la resolución convenida en Berna, el 15 de mayo de 1918, no fue ratificada por los respectivos gobiernos. En ese escrito no se mencionaba la participación de la Santa Sede en las negociaciones, por decisión del gobierno italiano. Cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 147-152, 448-452; VALENTE, *La nunziatura*, 273-277.

⁴ Cfr. A. GIBELLI, *La Grande Guerra degli italiani, 1915-1918*, Sansoni, Milán 1998, 126-127. Después de la derrota de Caporetto llegó una avalancha de peticiones de información a la Santa Sede, también por parte de algunos miembros del gobierno italiano (Orlando, Boselli, Riccio, Nitti, Vassallo) o altos mandos del ejército (Morrone), cfr. SCOTTÀ, *La conciliazione*, I, 73-74; *Diario Monti*, 14 de junio de 1916, 10 de noviembre de 1917 y 27 de enero de 1918.

⁵ Cfr. «Nouvelles» 44 (3 de noviembre de 1917) 366; 40 (5 de octubre de 1918) 353-354.

⁶ Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 30-38 y 182-191. El Vaticano se vio obligado a suspender el servicio de correspondencia entre los prisioneros y sus familias en Italia, porque se decía que las cartas no pasaban por el control militar; intentó buscar remedio a la cuestión, sin éxito. Cfr. SCOTTÀ, *La conciliazione*, II, 115, nota 136.

superar estos inconvenientes, habían ido sustituyendo los envíos individuales de ropa y alimentos por envíos colectivos, en vagones controlados por representantes de países neutrales, asumiendo los costes.

Como la solución no estaba en pedir a Austria-Hungría un mejor trato a los prisioneros, la Santa Sede se dedicó a trabajar por la pronta liberación del máximo número de ellos.¹ Las relaciones entre Austria-Hungría e Italia estaban dominadas por la desconfianza, pero lo que realmente hizo fracasar los intentos de la Santa Sede en esta línea, fue la oposición directa del ministro de asuntos exteriores Sidney Sonnino y del comando supremo del ejército respecto a cualquier ayuda que se pudiera dar a los prisioneros de guerra: sobre los militares en prisión caía la sospecha de traición, de desertión, y no se confiaba en la lealtad del resto del ejército. El gobierno, admitiendo que los italianos sufrían de hambre y frío en prisión, difundía que la causa se debía a malos tratos por parte de los captores austriacos o alemanes. De este modo se pretendía evitar que oficiales y soldados se entregaran al enemigo.² Entre los motivos también estaba la aversión a tener que reconocer la participación de la Santa Sede en las negociaciones. Sólo en octubre de 1918 el gobierno ordenó – a modo de experimento – el envío de vagones con alimentos para los prisioneros.³

¹ En el caso de los prisioneros italianos, no habiendo acuerdo con Alemania, y con Austria-Hungría sólo para la repatriación de los inválidos, los enfermos no podían acceder a la liberación mientras la enfermedad no llegara a impedir el trabajo, cfr. PROCACCI, *Soldati*, 347. Por iniciativa del papa se consiguió la repatriación, sin intercambio, de los tuberculosos italianos en campos austrohúngaros (enero de 1918), cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 153-155, 456-458. El tren que partía desde Mauthausen hacia Italia, era llamado por los prisioneros “el tren del papa”; el primero partió el 25 de enero de 1918, lo siguientes eran semanales, (cfr. QUIRICO, *Fatti*, 6-7; IDEM, *Il Vaticano*, 456-457). Ese año la Santa Sede preparó un doble proyecto para conseguir la liberación en masa de los cautivos en Alemania y en Austria-Hungría, que consistía fundamentalmente en la repatriación de los que llevaban al menos doce meses en prisión, inválidos o hábiles, militares o civiles. Después de negociaciones con los gobiernos, el italiano – después de dilatarlo durante meses – dio una respuesta negativa; cfr. QUIRICO, *Il Vaticano*, 128-143, 402-442, 447; VANNEUFVILLE, *Le Saint-Siège*, 818; PROCACCI, *Soldati*, 234, 239.

² El informe sobre las causas de la derrota de Caporetto atribuía el gran número de prisioneros a la desertión, opinión que era rígidamente defendida en el gobierno por Sonnino al que se le hacía caso para evitar una nueva crisis en el gabinete. Esta línea de principio impidió firmar un acuerdo de repatriación de prisioneros con Alemania en 1918. Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 181-182, 192-213, 219-220, 231-239. Monti, en su diario, refiere la diferencia de pareceres en el gobierno y el sometimiento a la opinión de Sonnino sobre estos asuntos.

³ Cfr. PROCACCI, *Soldati*, 181-182, 231. De los 600.000 militares italianos que sufrieron la prisión, 100.000 no regresaron. Esta cifra no incluye los muertos por tuberculosis repatriados antes y después del armisticio y el 90% de esas muertes se debió a enfermedad (no a heridas de guerra) y afectó principalmente a soldados (los oficiales muertos fueron 480 ó 550 según las fuentes). Procacci afirma «la morte in massa dei soldati prigionieri fu provocata, e addirittura voluta, dal governo italiano, e soprattutto dal Comando Supremo. Cosicché l'Italia trasformò il problema dei prigionieri di guerra, che tutti i governi belligeranti dovettero affrontare con urgenza, in un vero e proprio caso di sterminio collettivo» (PROCACCI, *Soldati*, 175). Cfr. también GIBELLI, *La Grande Guerra*, 130-131, que responsabiliza sobre todo al presidente Vittorio Emanuele Orlando. Con fecha de 5 de octubre de 1918 el semanario «Nouvelles» informaba que la Cruz Roja italiana había acordado con el ministro Bissolati la expedición regular, cada semana, de vagones de pan-galleta. Estos envíos de 10.000 kgr. eran dirigidos al Comité Internacional de la Cruz Roja que a su vez los redirigía a destino (cfr. «Nouvelles» 40 (5 de octubre de 1918) 353-354). Pero más tarde, el 21 de diciembre de 1918 la revista publicaba

En forma paralela a las gestiones en favor de los prisioneros italianos, la Santa Sede se movió para abastecer las zonas ocupadas por los austriacos. Los obispos del lugar habían pedido ayuda en especie, no en dinero, porque las tierras estaban desoladas – no por acción de los austriacos sino por los mismos italianos que huían – y los alimentos escaseaban. Las gestiones tropezaron entonces con los mismos obstáculos en el gobierno hasta que éste encontró el consenso necesario para aprobar el envío.¹

Los fracasos y las dificultades no detuvieron el empeño de la Santa Sede que prosiguió su tarea después de firmado el último armisticio. Los prisioneros de los Imperios Centrales continuaron en cautiverio por largo tiempo, mientras las potencias vencedoras definían las condiciones de la victoria. Desde Roma, el gobierno pontificio siguió promoviendo las visitas a los campos y las propuestas de liberación ya que, habiendo acabado la guerra, no tenía sentido mantener prisioneros, y menos en malas condiciones, pero para los gobiernos vencedores los cautivos seguían siendo una prenda, una herramienta para ejercer presión.²

Ante una Europa moral y materialmente destruida, el papa pedía a los obispos curar las enfermedades del alma (el odio) y las del cuerpo (principalmente el hambre).³

cinco telegramas que pedían con urgencia alimentos para prisioneros italianos en Stuttgart, Ulm, Lechfeld, Hammerburg y Hameln. Se constataba un fuerte retraso en la llegada de los vagones con comida y ropa. Los días 6 y 7 de diciembre habían sido enviados trenes hospitales a Alemania (cfr. «Nouvelles» 51 (21 de diciembre de 1918) 435-436, 439-441). En contraste, la actitud del gobierno francés, que en 1918 gastó 60 millones de francos para ayudar a sus prisioneros de guerra (cfr. PROCACCI, *Soldati*, 182). Esta medida manifestaba un cambio de actitud por parte de las autoridades políticas y militares francesas: en 1914 los prisioneros de guerra eran considerados unos desertores; en 1917 se decía que ellos continuaban resistiendo al enemigo desde su sitio; en 1918 fueron llamados héroes (cfr. BECKER, *Oubliés*, 292-296).

¹ Austria había dado su autorización, faltaba la de Italia. Esta vez Orlando no contó con el voto de Sonnino sino con otros cuatro ministros (cfr. *Diario Monti*, 18 de agosto de 1918).

² No faltaron situaciones curiosas, inexplicables y, por eso, aún peores: en los campos de concentración italianos, donde se encontraban austrohúngaros y bohemos en duras condiciones, había rumanos. Informaba Ferrari a Gasparri «più rattristante è il quadro dei prigionieri austriaci; peggio poi i Rumeni. Perché poi vi si trovassero i Rumeni, nazione dell'Intesa, od alleata, non si capisce. Ne domandai ai due generali [...], ma non seppero dirmi nulla. L'unico titolo di loro prigionia è perché furono fatti prigionieri dall'Austria; e con tutti i prigionieri austriaci passarono in Italia» (carta del card. Carlo Andrea Ferrari al card. Pietro Gasparri, 21 de febrero de 1919, en CEDDIA, *Il cardinal Ferrari*, 147). En el consistorio de cardenales del 3 de julio de 1919 el papa mencionaba su preocupación por los aún cautivos (cfr. BENEDICTUS XV, alocución *Nobis quidem*, AAS 11 [1919] 259).

³ El papa dirigió una encíclica a los obispos alemanes con ocasión del cumplimiento de doce siglos de la misión de san Bonifacio en Alemania. En ella aprovechaba para insistir en la unidad con la Santa Sede y entre ellos, y en la caridad hacia las demás naciones (cfr. BENEDICTUS XV, *In hac tanta*, 14 de mayo de 1919, AAS 11 [1919] 209-221). Más tarde, ese mismo año, dirigió otra carta a los obispos alemanes (cfr. IDEM, *Diuturni luctuosissime*, 15 de julio de 1919, AAS 11 [1919] 305-306) y otra dirigida a los de Baviera (cfr. IDEM, *Equidem libenti*, 22 de septiembre de 1919, AAS 11 [1919] 411-412) en las que les indicaba que debían dedicarse a reparar los daños de la guerra – perturbaciones del orden público, hambre, odios –, siempre guiados por la caridad, sin discriminaciones. A varios obispos italianos les pedía extender la caridad paterna a los huérfanos de la guerra preocupándose de su salud corporal y espiritual (cfr. IDEM, carta *Quae Pompeios*, 20 de marzo de 1919, AAS 11 [1919] 264). A Amette, arzobi-

También promovió la ayuda a las naciones más necesitadas: Austria, Polonia y Rusia;¹ su atención se dirigió particularmente a los niños.²

III. A MODO DE CONCLUSIÓN

Benedicto XV en su primera encíclica resumía las causas de la guerra en el alejamiento de Dios, en la pérdida de sentido sobrenatural entre los cristianos.³ Al respecto, se propuso acelerar el final del enfrentamiento y, poco después, aliviar los sufrimientos que ocasionaba.

Al hablar de la paz, el papa Della Chiesa insistió en que debía basarse en la caridad y en la justicia para que fuera real y duradera. Sin embargo, sus propuestas no fueron comprendidas en un ambiente cargado de ambiciones nacionalistas y de una propaganda que fomentaba la incompreensión y el odio. Sin embargo, a través de la acción asistencial, la Santa Sede llegó donde no pudo con sus iniciativas de paz.

Desde el inicio del conflicto el papa se dedicó a ayudar a las víctimas de la guerra. Era un modo de llevar a la práctica el primado de la caridad que él proponía al mundo. La tarea diplomática se desarrolló como una verdadera «diplomacia de la asistencia»,⁴ y fue la escuela en la que se formaron quienes más adelante habrían de dirigir la Iglesia: Achille Ratti, Eugenio Pacelli...⁵

El objetivo de esta acción humanitaria fue universal. El papa, realizando lo que consideraba su misión, comprometió a los católicos y al clero en una amplia labor, haciendo también participar a los no católicos invitándolos a la limosna. En esta tarea asistencial destacó el trabajo de los eclesiásticos: nuncios, obispos, sacerdotes seculares y religiosos. La acción de caridad que promovió

spo de París, escribía sobre el amor al prójimo que se extiende a todos, también a los enemigos (cfr. IDEM, carta *Amor ille singularis*, 7 de octubre de 1919, AAS 11 [1919] 413-414).

¹ Sobre Austria, cfr. BENEDICTUS XV, carta *La singolare*, 24 de enero de 1921, en BELLOCCHI, *Tutte le encicliche*, 440-441; Polonia, cfr. BENEDICTUS XV, carta *Ex iis litteris*, 16 de julio de 1921, AAS 13 (1921) 424-426; y Rusia, cfr. IDEM, carta *Le notizie*, 5 de agosto de 1921, AAS 13 (1921) 428-429.

² El 24 de noviembre de 1919, a través de una encíclica, el papa promovió una colecta en favor de los niños de Europa que sufrían hambre, que se realizaría el 28 de noviembre, día de los Santos Inocentes. A todos, no sólo a los católicos, pedía una colaboración (dinero, medicamentos, alimentos, ropa) y que la hicieran llegar a la Santa Sede o a la *Save the Children Fund*; el papa daba ejemplo con un generoso donativo (cfr. BENEDICTUS XV, *Paterno iam diu*, AAS 11 [1919] 437-439). A raíz de este llamado otras iglesias se unieron a la colecta. El 1 de diciembre, con otra encíclica, el papa pedía ayudar a los niños que eran los más afectados por las consecuencias de la guerra (cfr. IDEM, *Annus iam plenus*, AAS 12 [1920] 553-556). Sobre el papa y la fundación inglesa, cfr. R. NORTON, *Benedict XV and the Save the Children Fund*, «The Month» 256 (1995) 281-283.

³ Cfr. BENEDICTUS XV, encíclica *Ad beatissimi Apostolorum*, 1 de noviembre de 1914, AAS 6 (1914) 567-568.

⁴ «Diplomazia del soccorso»: MONTICONE, *Il pontificato di Benedetto XV*, 175.

⁵ Mons. Achille Ratti (futuro Pío XI) fue enviado a Polonia como visitador apostólico en 1918. Mons. Luigi Maglione en 1918 sustituyó a Marchetti Selvaggiani como representante de la Santa Sede en Suiza, y en 1939 fue nombrado secretario de estado de Pío XII (Eugenio Pacelli). Pío XII – siguiendo el modelo de Benedicto XV –, al estallar la Segunda Guerra Mundial constituyó una nueva Oficina en favor de los Prisioneros de Guerra en el Vaticano y mantuvo una política de imparcialidad ante los gobiernos beligerantes; cfr. bibliografía señalada *supra*, nota 1, p. 322, y F. DI GIOVANNI, G. ROSELLI (a cura di), *Inter arma caritas. L'Ufficio Informazioni Vaticano per i prigionieri di guerra istituito da Pio XII (1939-1947)*, I, Archivio Segreto Vaticano, Città del Vaticano 2004.

se dirigió a todas las personas afectadas por la guerra, sin hacer distinciones de nación, lengua o religión.

La Santa Sede atendió las sugerencias y peticiones que recibía, sin fijarse en su procedencia – llegaban de ambos bloques – y sin ahorrar esfuerzos para ponerlas en práctica. Esta actitud implicó una completa libertad de acción, ya que no hubo desgracia que no quisiera aliviar ni estado con el que no estuviera dispuesto a establecer contacto, preparada para afrontar cualquier fracaso.¹

Por su trabajo, la Oficina Prisioneros de Guerra del Vaticano fue calificada como un «dicasterio de munificencia».² Y aún cuando ésta dejó de funcionar al terminar la guerra, la Santa Sede continuó prestando ayuda material y espiritual a las víctimas una vez firmados los armisticios.

A diferencia de lo que sucedió con las iniciativas de paz, los gobiernos atendieron las sugerencias del pontífice o hechas en su nombre y entraron en diálogo con la Santa Sede. En el campo de la beneficencia el Vaticano se convirtió verdaderamente en un mediador entre las naciones y le fue reconocida su posición imparcial (en unos gobiernos más que en otros). Efectivamente la tarea de asistencia en favor de los más necesitados, de la nacionalidad que fuese, hacía tangible que las autoridades eclesiásticas no se movían por criterios nacionalistas. Reforzar la misión espiritual de la Iglesia Católica y su universalidad fue el empeño de Benedicto XV y de sus colaboradores más estrechos.

A la labor humanitaria se unió el esfuerzo de atención pastoral en favor de los prisioneros y de los combatientes. Para ello se contó con el trabajo de los clérigos enrolados. El obligado servicio militar que incorporó a gran parte del clero en los cuerpos de combate de Francia e Italia favoreció una relación más estrecha entre los eclesiásticos y la nueva generación dirigente en esos países.

Éstos y otros factores confluyeron en un mayor prestigio de la Iglesia Católica, y en especial del papado, cuya primera manifestación fue el aumento considerable del número de países con relaciones diplomáticas con el Vaticano. En enero de 1922 eran ya veintisiete las naciones que tenían representación oficial ante la Santa Sede.³

La inmensa tarea asistencial promovida por Benedicto XV no fue una iniciativa improvisada. El papa Della Chiesa se había formado en el ambiente de las

¹ Cfr. VANNEUFVILLE, *Le Saint-Siège*, 807.

² «Dicastero di munificenza»: DURANTE, *Benedetto XV*, 125.

³ Las relaciones con Rusia terminaron debido a la revolución bolchevique y también dejaron de existir con Prusia y Baviera remplazadas por la República de Weimar. El enviado de Austria-Hungría fue sustituido por los representantes de esos estados separados. Las relaciones con Yugoslavia remplazaron a las de Serbia. Gran Bretaña, Suiza y Holanda comenzaron a tener relaciones oficiales con la Santa Sede durante la guerra. Checoslovaquia, Rumanía, Portugal, Polonia, Lituania, Luxemburgo y Francia las establecieron después del conflicto. Estonia y Finlandia, de mayoría protestante, también quisieron establecer relaciones oficiales con la Santa Sede. Cfr. POLLARD, *Il papa sconosciuto*, 177-182. Podría haberse añadido China a esta lista, pero no fue posible por la oposición de Francia que defendía – como condición para restablecer las relaciones diplomáticas con la Santa Sede – derechos de protectorado del siglo XIX. Cfr. A. GIOVAGNOLI, *Rapporti diplomatici tra Santa Sede e Cina*, en IDEM (a cura di), *Roma e Pechino*, 53-66; WACHÉ, *Un parlementaire*, 58-60 y 64-66.

obras de caridad que caracterizaba su ciudad natal y que se vivía también en su familia. Esta actitud la consolidó durante sus años de estudios universitarios, y luego como secretario del nuncio Rampolla del Tíndaro y arzobispo en Bolo-
nia.

Monticone subraya que Benedicto XV, en sus exhortaciones a los gobernantes y en las negociaciones diplomáticas, insistía en la necesaria condición de buena voluntad para llegar a conversaciones eficaces de paz.¹ A través de la persistente acción humanitaria, que superó las dificultades impuestas por la incómoda situación en el Vaticano y por el mismo quehacer diplomático, el papa demostró una firme voluntad de servicio a la humanidad.

Explicaba Gasparri al nuncio en Viena, Valfrè di Bonzo, en momentos de contrariedad y desánimo, que la obra de caridad que impulsaba y sostenía el papa no dependía de su éxito y que continuaría adelante a pesar de los obstáculos. Continuaba diciendo «el futuro y la historia, a quienes corresponderá sacar a la luz toda la obra desplegada por la Santa Sede en este periodo de tiempo, encontrarán – en su múltiple y paciente trabajo – los elementos para formular el juicio al que ella tiene derecho y para justificarla, por tanto, ante el mundo».²

ABSTRACT

Benedicto XV (1914-1922) al inicio de su pontificado – ya había estallado la Gran Guerra de 1914 – se propuso poner todos los medios para acelerar el fin de la guerra y para ayudar a las víctimas del conflicto.

El artículo presenta la necesidad de tal acción humanitaria: prisioneros de guerra, habitantes de zonas ocupadas, familias de los enrolados, etc. Luego, trata de la amplia asistencia humanitaria desarrollada por la Santa Sede, siguiendo el siguiente esquema: niveles de acción (diplomático y asistencial), los principales responsables de las gestiones, los beneficiados, algunas de las dificultades encontradas en la realización de esta tarea.

With World War I having just begun, Benedict XV (1914-1922) started his Pontificate putting all the means to hasten the end of the war and to help the victims of the conflict.

The article presents the need for humanitarian action during wartime: prisoners of war, civilians in occupied territories, families of soldiers, etc. It also deals with the humanitarian assistance provided by the Holy See. This activity is discussed with the following structure: (1) level of action (diplomacy or assistance), (2) key people in-charge (people responsible for the operations), (3) the beneficiaries and (4) some difficulties encountered in the process.

¹ Cfr. MONTICONE, *Il pontificato di Benedetto XV*, 178-179.

² «L'avvenire e la storia, a cui apparterrà di mettere in luce tutta l'opera spiegata dalla Santa Sede in questo periodo di tempo, troveranno nel molteplice e paziente lavoro di lei gli elementi necessari a formulare il giudizio a cui essa ha diritto e a giustificarla quindi al cospetto del mondo» (carta del card. Pietro Gasparri a mons. Teodoro Valfrè di Bonzo, 7 de octubre de 1918, en RUMI, *Benedetto XV, un epistolario inedito*, 75-76).